



ÉPOCA 3.^a — AÑO VIII. — TOMO VI.

NÚMERO 53. — Madrid 15 de Diciembre de 1883.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.

Seis meses..... 30 rs.
Un año..... 60 "

CUBA Y PUERTO-RICO.

Seis meses..... 2 ½ ps.
Un año..... 4 "

DIRECTOR

DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

EXTRANJERO.

Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 "

FILIPINAS Y MÉJICO.

Seis meses..... 3 ½ ps.
Un año..... 6 "

SUMARIO

TEXTO.—*Revista*, por Nulema.—*Crónica*, por D. D. Isern.—*Termina la madre*, por Blas.—*Los grabados*.—*Una columna miliaria en Tarragona*, por D. B. Hernández Sanahuja.—*La Alosfia y las ciencias naturales*, por D. Sergio Aparicio.—*Las grandezas humanas y la humildad cristiana* por D. J. M. Antequera.—*La expiación*.—*Revista de conocimientos útiles*.—*Anuncios*.

GRABADOS.—*Excmo. é Ilmo. Sr. D. Vicente Calvo y Valero, Obispo de Santander, trasladado á la silla de Cádiz*.—*El Invierno*, cuadro del Sr. Vayreda.—*Torre mudéjar de la parroquia de San Miguel, en Zaragoza*.

REVISTA

Todo el mundo se queja del frío, y en efecto, para nuestro clima, vivir bajo seis grados de temperatura, es una molestia cruel, que sólo puede conjurarse con baños de fuego. El remedio, por desgracia, no está al alcance de todas las fortunas, y mientras los ricos se tuestan á la llama de sus chimeneas, los pobres respiran en las desmanteladas buhardillas la helada atmósfera de las nieves perpetuas.

Esta frase podría parecer una reflexión demagógica, si no fuera el antecedente necesario de una observación cristiana. Cuéntase de San Pedro Alcántara que, en un invierno muy riguroso, quiso atormentar su cuerpo arrojándose en un estanque de aguas heladas. El premio que, por de pronto, concedió el Señor á tan santo penitente, fué que no sintiese más el frío en todo aquel invierno. Este prodigio de penitencia y de misericordia lo estamos viendo reproducirse, aunque en menor escala, en casa de los pobres. Sienten éstos, incomparablemente, menos el frío que los ricos, hasta el punto de que vestidos de telas de verano, desafían algunos el rigor de la estación, en tanto que vemos grandes señores acobardados por el frío bajo los baluartes de un abrigo de pieles.

El Señor hace resplandecer su misericordia en los más oscuros rincones de las buhardillas, para mantener en su admirable nivel la ley suprema de sus providenciales compensaciones.

Visitamos nosotros en la Conferencia de San Vicente de Paul dos ancianos que viven en una reducida buhardilla de techo inclinado, con una ventana al Norte y una puerta enfrente, que se abre á un laberinto de corredores. Cosen para la Administración militar, y necesitando usar á cada paso de las planchas, tienen un hornillo encendido á su lado, que es un foco de carbono,

que es capaz de asfixiar á un toro. Para evitar este daño y no carecer de luz, tienen siempre abierta la vidriera de la buhardilla, junto á la cual trabajan, de modo, que se pasan todo el día en medio de una doble corriente de aire frío como un cuchillo y de tufo nauseabundo como un veneno, sentados en banquillos de madera y tan ligeros de ropa, que para ellos suele ser la camisa la prenda de invierno.

Pues estos ancianos ¡oh admirable Providencia de Dios! nos dicen, riéndose de nuestros temores, que no sienten el frío. Son buenos cristianos, confían en la misericordia de Dios y el cielo suspende para ellos el rigor de sus heladas.

Y citamos este caso entre muchos, porque ciertamente la casa del pobre cristiano, decimos mal, su tugurio, es una escuela perenne de ejemplos consoladores, que hacen pensar á cada paso en los adorables designios de la Providencia.

Más rico es el pobre que se conforma con su po-

breza, que el rico ambicioso que nunca sacia la hidropesía de sus placeres.

Cortado el hilo de nuestras divagaciones, volvamos á tomar de nuevo el de la crónica de los sucesos presentes.

La cosa pública, y no lo decimos en latín por no hacer alardes de erudición, anda confusa y embrollada, avocada á una crisis, cuya solución no puede calcularse. Que el Ministerio actual no puede continuar en la forma en que hoy se halla constituido, lo confiesan sus mismos partidarios; pero de aquí á precisar la hora de su caída, las circunstancias de sus funerales y el nombre ó nombres de sus herederos, media una distancia inmensa, á lo menos para nuestra pluma, poco acostumbrada á dar saltos mortales.

Los trabajos de conciliación entre el partido constitucional y la izquierda son, á nuestro juicio, estériles, y la continuación de los demócratas en el poder exigirá la disolución de las actuales Cortes, medida perturbadora que no sabemos si la Corona se decidirá á llevar á cabo. El enfermo, por consiguiente, no tiene remedio, y con calmantes ó con estimulantes, caerá en la misma postración, síntoma de su agonía.

¿Contribuirán las Cortes, recién abiertas, á detenerla ó á precipitarla? Nunca fuimos partidarios de las consultas de médicos, y la experiencia, más autorizada que nuestro juicio, ha demostrado que á junta de rabadanes oveja muerta.

Hay un medio seguro de echar á perder cualquier proyecto, por bueno y fecundo que sea: el medio parlamentario de confiar su ejecución á una comisión, mas ó menos numerosa, compuesta de personajes conspicuos y bajo la protección del Estado.

Este medio se ha ensayado cien veces y siempre ha dado el mismo resultado. A pesar de los desengaños, nuestros Gobiernos no escarmientan, y persisten en el sistema de las comisiones, como el pecador recalcitrante en la serie de sus culpas.

Y es que en el nombramiento de esas comisiones, no tanto se atiende al fin á que parecen destinarse, como á satisfacer ciertos compromisos personales ó políticos, á que no puede ser ajeno ningún ministro de carácter y origen parlamentario. De aquí resulta que las tales comisiones no dejan ver su huella más que en



EXCMO. É ILMO. SR. D. VICENTE CALVO Y VALERO

Obispo de Santander, trasladado á la Silla de Cádiz.

las páginas de la *Gaceta* y pasan desde las columnas del diario oficial á la región del vacío, como esas bombas de jabón que lanza al aire la destreza de un niño y que brillan por un instante con los bellos colores del iris para desvanecerse al momento sin explosión y sin estrago.

Los ministros actuales que han subido al poder antes de tiempo, convirtiéndose en Enero, época de las justicias efímeras, los meses de otoño, parecen muy aficionados á las Comisiones, y en pocos días nos ha sorprendido la *Gaceta* con dos muy relumbrantes, una procedente de Fomento y otra de Gobernación, aunque ambas presididas por una sola persona, por el Sr. Cánovas del Castillo, á quien los demócratas quieren pagar con honores los favores que le deben, relegándole, si fuese posible, al terreno científico, para apartar su influencia del campo de la política militante.

La primera de estas Comisiones tiene por objeto estudiar y proponer al Gobierno una ley de conservación de antigüedades españolas, comprendiendo bajo este nombre todos los recuerdos de las artes, ciencias é industrias referentes á los diversos pueblos que han habitado en la Península, y los documentos importantes para la historia de España.

Descendiendo á más pormenores, por ser el asunto para nosotros muy interesante, el proyecto encomendado á esta Comisión abrazará: la resolución de las cuestiones relativas á la propiedad y conservación de las antigüedades que posean el Estado, las Diputaciones provinciales, los Ayuntamientos, las corporaciones, y á las reglas á que ha de someterse su enajenación en determinados casos dentro de las prescripciones de las leyes; la resolución de las mismas cuestiones respecto de los documentos de carácter oficial; los medios de adquirir para las bibliotecas, archivos y museos públicos los objetos y documentos importantes que existen en el extranjero, ó cuando menos copias ó reproducciones que ilustren nuestra historia; la conservación de los monumentos arquitectónicos, y las disposiciones generales á que han de someterse las Diputaciones provinciales, los Ayuntamientos y las Comisiones de monumentos históricos y artísticos; los medios permanentes de investigación de antigüedades y los que faciliten la publicidad y el estudio de los objetos ó documentos importantes para la historia de España en todas sus manifestaciones, sin perjuicio del respeto que merecen y de los derechos de su poseedor.

Quedan á nuestro juicio algo desairadas con esta Comisión las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, á las cuales correspondía de hecho y de derecho el estudio de este proyecto de ley, por ser instituciones del Estado consagradas á ventilar las varias cuestiones que abraza el proyecto, y que ejercen, por su misma institución, el cargo de cuerpos consultivos del Estado en los asuntos de su respectiva competencia. Si las citadas Academias, y especialmente la de la Historia, que es la más desairada, no sirven para el caso, ¿á qué responde su constitución y por qué el Estado las dispensa su protección moral y material?

Esta pregunta ó más bien esta censura salta á la vista de todos los que mediten un momento en el objeto de la Comisión, que viene á suplantar á las Academias, relegándolas á un papel secundario, incapaces de hacer con su numeroso personal en tres meses lo que deberán hacer nueve individuos, entre los cuales hay de todo, sabios de indisputable mérito, como el Sr. Fernández Guerra, sabios de pacotilla y otros que ni aun este nombre merecen.

En resumen, que la Comisión de antigüedades será, como tantas otras de su género que hemos conocido, un decreto en la *Gaceta*, una lisonja para algunos de los nombrados, un proyecto que no se realizará, y para acabar de una vez, un paño caliente aplicado á las ruinas de España para combatir con él el frío de la muerte.

El Gobierno actual, de origen y carácter revolucionario, no es el llamado á reparar en España los estragos de la revolución, insaciable de ruinas y de profanaciones artísticas, por el jugo que éstas guardan de la Religión y de las glorias de España.

La Comisión del ministro de la Gobernación tiene otro objeto, «el de estudiar todas las cuestiones que directamente interesan á la mejora ó bienestar de las clases obreras, tanto agrícolas como industriales, y que afectan á las relaciones entre el capital y el trabajo».

Esta Comisión, á excepción del presidente y de dos ó tres personas de escasa significación política en las huestes conservadoras, se compone de una colección de economistas de la escuela más avanzada, de republicanos, positivistas, ateos, sectarios, en fin, de los más acérrimos y peor intencionados, como si los graves peligros sociales que nos amena-

zan hubieran de ser conjurados por los mismos que los han suscitado con sus ideas disolventes y con sus obras anticristianas.

Los partidarios de la moderna ciencia económica, que ha convertido la sociedad en un mercado, sin más relaciones entre los hombres que las puramente materiales; los defensores de las teorías positivistas que miran al hombre como instrumento, la vida como un banquete, la sociedad como una tienda; los que han abolido las leyes contra la usura, la tasa y el descanso dominical para establecer la competencia que todo lo empeora sin abaratarlo, la libertad del rédito que fomenta la ruina de los pródigos y labra la de los necesitados, la ley inexorable de la oferta y la demanda, según la cual, á más pobres menos limosna, ó lo que es igual, á más miseria menos caridad; los que han tratado de arrebatarse á las clases trabajadoras el tesoro de las virtudes cristianas y la esperanza consoladora de la herencia del cielo, ¿cómo han de resolver los problemas sociales, mejorando, sin daño de los ricos, la situación de los pobres?

Y obsérvese una circunstancia notable: en la Comisión de antigüedades, donde se trata de cuestiones científicas, figuran dos sacerdotes, uno de ellos jesuita, nuestro docto amigo el P. Fita; pero en la Comisión de estudios sociales, donde han de tratarse cuestiones muy prácticas y de gran influencia en la vida individual y social, donde han de ventilarse muchas y muy graves cuestiones morales, no figura ninguno, como si el ministro, al proponerse mejorar la situación de la clase obrera, rehuyese de propósito la intervención de la Iglesia, que es la única que posee medicinas eficaces para curar las heridas que la revolución ha abierto en el corazón de la sociedad cristiana.

Al enumerar el ministro las cuestiones que ha de estudiar la Comisión, cita, en un segundo lugar, y así como de pasada, la siguiente: «manera de remediar las consecuencias que en algunas comarcas ha producido la forma en que se ha realizado la desamortización.»

Va comienzan á confesar los desamortizadores que la gloriosa y fecunda desamortización ha producido graves daños, empeorando la situación de los pobres y fomentando los gérmenes socialistas, arrojados en nuestro suelo por los partidos liberales, refractarios á la Iglesia.

Esperemos las reformas que proponga la Comisión para remediar tantos males, y dispongámonos á saludar con ellos una nueva época de... desdichas para nuestra patria.

Abrigamos, sin embargo, el consuelo de que la Comisión no hará nada.

Los fríos se dejan sentir con gran rigor, gracias al cual se va animando Madrid, encerrado en teatros, cafés y salones aristocráticos.

Para los sabios economistas que han de mejorar la situación de la clase obrera, esta vida de Madrid, concentrada en lugares de diversión, de disipación y de lujo, es una ganga, porque para ellos, tener muchas necesidades, es tener muchos placeres, y el placer es el imperativo absoluto de su moral positivista. Pero mirada esta vida por su verdadero aspecto; mirada á la luz de la realidad y de la experiencia, no puede menos de entristecer á los hombres de bien que calculan fácilmente las consecuencias de tales desórdenes.

Todo el mundo se lamenta de que la vida es muy cara en Madrid, lo cual es verdad; y sin embargo, si se comparan las tiendas de artículos de primera necesidad con los de géneros de lujo, la desproporción es asombrosa. Las joyerías, que son el *non plus ultra* de las tiendas de lujo, han llegado á multiplicarse en una proporción aterradora: el centro de Madrid, ó sea la Puerta del Sol y las calles adyacentes, están atestadas de joyerías, ¡y qué joyerías! El escaparate de la más modesta representa la fortuna de muchas familias.

Estos establecimientos se hallan montados con gran lujo, y cada año añaden nuevas y deslumbrantes mejoras en el decorado, luces y escaparates de alhajas; lo cual prueba que ganan mucho, pues no se concibe que tiren á la calle sus joyas y se dejen morir de hambre por el gusto de ostentar una riqueza sin salida y un comercio sin compradores. Ahora bien; cuando la vida es tan cara, cuando las fortunas van mermándose, cuando la miseria invade no sólo las buhardillas de los pobres, sino las habitaciones de la clase media, ¿puede darse síntoma más desconsolador de la enfermedad moral que nos mata, que este lujo creciente que se cubre de brillantes y perlas para esconder bajo los rayos de luz de sus joyas el hondo abismo donde naufraga la sociedad, empujada por los vientos del paganismo, que la revolución ha desencadenado?

Y este mal, tan grave y tan arraigado, ¿puede curarse con proyectos de ley ni con reformas políticas ó administrativas?

¡Qué locura! Las llagas de la sociedad, abiertas en la conciencia de sus individuos, no se curan con panaceas humanas; sólo hay para ellas un bálsamo eficaz: la sangre de Cristo.

Continúan todas las noches los crepúsculos de color de rosa. Los astrónomos han inventado varias teorías, más ó menos ingeniosas, para explicar este fenómeno; pero la verdad es que todavía no se ha dicho la última palabra.

Mientras la ciencia resuelve el problema, gocémosnos los profanos con la ilusión de que esos crepúsculos de color de rosa son las auroras de un año nuevo próspero y feliz. Así sea.

NULEMA.

CRÓNICA



RES grandes batallas sostienen actualmente los católicos en Europa contra las invasiones del espíritu moderno.

La más importante y trascendental es la de Francia, cuyos resultados políticos preocupan seriamente á la Santidad de León XIII.

M. Julio Ferry, presidente del Consejo de ministros de la vecina República, pronunció un discurso en el Havre y otro en Rouen, en los que ofreció seguir en adelante una política relativamente moderada con la Iglesia y con los católicos.

Ofreció la paz en los momentos precisos en que se disponía á emprender la guerra.

En efecto, pocos días después privó de sus asignaciones, contra lo dispuesto en el Concordato, á varios curas de la diócesis de Tulle, y con ocasión de discutirse en la Cámara de Diputados el presupuesto de cultos, dejó de oponerse resueltamente á los propósitos de los radicales de disminuir poco á poco aquel presupuesto, hasta llegar á la separación de la Iglesia y el Estado.

Dispone el Concordato que el Sr. Arzobispo de París perciba una asignación considerable, que las dos partes convinieron en que sería de cien mil francos.

En años anteriores la redujeron á la mitad los republicanos. En este año la querían dejar reducida á quince mil francos los radicales de la Cámara de diputados, y M. Julio Ferry pareció consentir en ello.

Los católicos, con Monseñor Freppel á la cabeza, defendieron, como defienden siempre, el terreno palmo á palmo. Vencidos por el número, hubieron de pronunciarse en retirada formulando una enérgica protesta que ha llegado á Roma.

El 26 del pasado se reunió una congregación de veintidos cardenales, y en ella se discutió la política que debe seguir la Santa Sede en sus relaciones con la República francesa.

Muchos Purpurados se pronunciaron por la retirada inmediata del Nuncio del Papa en París; pero al decir de los bien informados, no se llegó á tomar acuerdo alguno. La congregación volverá á reunirse en breve, y entonces se llegará quizás á un acuerdo.

De todos modos, la situación se agrava considerablemente en Francia, y no están lejanos, días de tristeza preñados de crisis.

En Hungría la Cámara de Diputados ha aprobado, á pesar de la oposición de los católicos, un proyecto de ley presentado por el Gobierno, en el cual se autorizan los matrimonios entre los cristianos y los judíos de aquel antiquísimo reino.

Crean los católicos húngaros que el proyecto de ley tropezará con graves dificultades en la Cámara alta.

En efecto, en la Cámara alta tienen asiento cuarenta Arzobispos y Obispos y multitud de archiducos y miembros de la antigua nobleza, que combatirán con su palabra ó con su voto el indicado proyecto de ley.

No debe confiarse mucho, sin embargo, en la resistencia de dicha Cámara, porque no es esta la primera vez que muchos miembros conservadores de aquel alto Cuerpo han votado medidas revolucionarias para dar gusto al Gobierno del Sr. Tisza.

Lo más grave del caso está en que según declaraciones de los órganos oficiales de Buda-Pest, este proyecto del Gobierno es precursor de otro en que se declarará establecido el matrimonio civil.

La situación de los partidos en el Landtag pr-

siano va a definirse de un modo claro, gracias á las resoluciones adoptadas por el Centro católico.

Este partido ha resuelto pedir que queden de nuevo vigentes los artículos de la Constitución prusiana, suspendidos por las leyes de Mayo, y por lo tanto el restablecimiento del *statu quo ante* por lo que hace á las relaciones del Gobierno con los católicos.

¿Se decidirán á apoyar esta proposición los conservadores puros y los amigos del Gobierno de Bismarck?

En este caso el triunfo del Centro católico es seguro.

¿Se negarán á apoyarla estos elementos, y la votarán en cambio los partidos liberales que á todas horas se proclaman adversarios de toda legislación excepcional contra las confesiones religiosas y los partidos?

En este caso el triunfo del Centro católico es también seguro.

En vísperas de iniciarse en el Landtag prusiano la batalla, el Gobierno de Bismarck ha tomado varias decisiones significativas.

Ha reinstalado al cabildo de Osnabruck en sus funciones, de que se hallaba privado en virtud de una sentencia del llamado tribunal eclesiástico, por infracciones de las leyes de Mayo.

Ha levantado el destierro que pesaba sobre el Rdo. Sr. Obispo de Limburgo, procesado y desterrado de su diócesis también por infracción de las leyes de Mayo.

¿Indican estas medidas que el Gobierno se propone seguir en todo una conducta completamente reparadora con la Iglesia católica?

¿Se trata sólo de realizar actos que en más ó menos grado sirvan para desarmar á los valerosos adalides del Centro católico?

No tardará en saberse, toda vez que dentro de breves días se iniciará la batalla en el seno del Landtag prusiano.

La Sublime Puerta ha emprendido una campaña contra los cristianos cismáticos que en la última guerra turco-rusa mostraron simpatías por Rusia.

Según un acuerdo tomado en Consejo de ministros presidido por el Sultán, Turquía retira todos los privilegios de que gozaban hasta ahora los patriarcas griego y armenio, mientras deja vigentes los de los patriarcas católicos.

Los cismáticos han protestado contra estas medidas; pero el Gobierno de Constantinopla no ha hecho caso alguno de sus promesas.

Además, por acuerdo del Consejo de ministros tomado en sesión que presidía el Sultán, han sido relevados todos los gobernadores cismáticos que existían, y reemplazados por personajes de elevada categoría musulmanes ó católicos.

Hay que ver en todo esto el dedo de Dios. Las iglesias cismáticas de Oriente se ven heridas esta vez con la misma espada con que trataron de acabar con la Iglesia en aquellas regiones.

La Iglesia vive, y no sólo vive sino que progresa, mientras que ellas acaban de recibir un golpe que en un plazo más ó menos largo causará su ruina y su muerte.

Sus patriarcas lo reconocen así en un documento que acaban de publicar.

Según una correspondencia publicada por la prensa de Londres, la insurrección del Soudán, lejos de disminuir, aumenta por momentos.

Pero las víctimas predilectas del falso profeta que capitanea la insurrección son los griegos cismáticos y los mulsumanes, que no reconocen en él á un enviado de Mahoma para dilatar por toda la tierra el imperio del Korán.

Varios misioneros residentes en el Soudán han seguido en sus residencias, sin sufrir el menor atropello.

¿A qué es debido esto?

Corre por muy válido el rumor en el Cairo de que todo es debido á que anda muy autorizada entre los mahometanos la noticia de que Rusia é Inglaterra son los dos grandes enemigos que tiene el islamismo en Africa como en Asia.

Cuando la última guerra turco-rusa y cuando la ocupación del Egipto por los ingleses, los católicos adoptaron una actitud correctísima. También dió gran popularidad á las misiones católicas la conducta caritativa que siguieron durante los estragos que el cólera causó últimamente en las orillas del Nilo.

Esta actitud contrastó notablemente con la que observaron los súbditos cismáticos de Turquía favoreciendo de un modo declarado á Rusia contra su soberano, y los pastores protestantes refugian-

dose en sitios seguros contra el terrible huésped asiático.

Los católicos han sido súbditos fieles, lo mismo en Turquía que en Egipto, en cuantos conflictos internacionales se han presentado.

No hay que tener, sin embargo, mucha confianza en la nobleza de proceder del falso profeta del Soudán, que después de todo capitanea un ejército compuesto de bárbaros y de semisalvajes.

Los hunos llaman de nuevo á las puertas de Europa.

La Santidad de León XIII, atento siempre á procurar los progresos del Catolicismo en las regiones más apartadas del universo mundo, acaba de crear nuevos vicariatos y prefecturas apostólicas.

El aumento que ha tenido la fe en la Patagonia ha obligado al Papa á dividir el vicariato del Sur, del cual ha hecho dos vicariatos y una prefectura apostólica, que así y todo comprenden cada uno muchos centenares de leguas cuadradas.

Igual providencia ha tomado con varios vicariatos apostólicos de China.

Además, actualmente se reúnen en Roma bajo su presidencia una gran parte de los Obispos de los Estados Unidos de América para procurar el aumento de la fe católica en aquella República y para asegurar los progresos ya realizados.

Mientras Europa se aparta de los caminos de Cristo, pueblos que hasta aquí vivieron apartados de la luz de la verdad vuelven á ella, y el Catolicismo crece aún más que la espuma, y como árbol de grandes y frondosas ramas se dispone á cobijar bajo su sombra las generaciones de lo porvenir!

D. ISERN.

TERMINA LA MADRE

DESPUÉS del fracaso sufrido por la familia de Aurora con la bella nodriza Celedonia, se logró dar con otra ama de excelentes condiciones. Eleuteria, que así se llamaba, acababa de llegar de la montaña de Santander, mal alimentada y peor vestida, lo cual era una garantía más de que, con alimentos más sustanciosos y con mejor régimen, mejorarían, si era posible, las cualidades de la leche, declaradas superiores por el facultativo.

Angelita empezaba á reanimarse, lloraba menos, sonreía de cuando en cuando, y todo auguraba un pronto y feliz restablecimiento.

Por esta época tuvo necesidad Federico de hacer un viaje al extranjero.

Aurora, ya más tranquila, volvió á entregarse á la vertiginosa corriente del gran mundo, y solo veía á su hija de tarde en tarde.

La nueva nodriza comía de todo y á todas horas, y sus notables disposiciones gastronómicas agradaban en extremo á Doña Patrocinio y á Aurora, por lo que debían influir en la nutrición de la niña. Pero ésta, lejos de progresar en su desarrollo, había vuelto á caer en su anterior atonía; dormía poco, y pasaba la mayor parte del día y de la noche llorando.

Una tarde, alarmada Aurora por el desesperado llanto de la niña, entró en la habitación de Eleuteria, y vió que ésta se esforzaba por hacer tomar el pecho á Angelita, que le rechazaba, desgañitándose á llorar. La nodriza, llorando también, confesó á Aurora que se le había retirado la leche, sin saber por qué motivo.

Nueva desolación en la casa... Se busca al médico, llega, reconoce al ama, y confirma la declaración de ésta, añadiendo que debía hacer ya algunos días que le faltaba la leche, lo cual podía atribuirse al cambio súbito y radical de alimentación y de vida desde su llegada á Madrid.

En lo moral como en lo físico, el hábito embota la sensibilidad y perfecciona el juicio. Aurora no dejó de preocuparse del estado de su hija; pero menos alarmada que la primera vez, se hizo la reflexión de que la niña no tardaría en reponerse, entregada á otra nodriza de mejores circunstancias que Eleuteria.

La que reemplazó á ésta se llamaba Claudia, y procedía del valle de Pas. Era casada, había dejado su hijo recién nacido al cuidado de una cuñada, por el módico estipendio de 30 reales al mes, y se había venido á Madrid á vender por 300 á un hijo extraño el alimento que robaba á su hijo legítimo, por supuesto, con el consentimiento de su marido.

La pequeña Angela manifestó desde el instante que tomó el pecho de su cuarta madre, que había encontrado lo que necesitaba. En quince días se operó en ella una transformación completa. Había recuperado en parte sus hermosos colores, la viva expresión de su mirada y la redondez de sus formas;

hacía largos y tranquilos sueños; apenas se la oía llorar, y se mostraba alegre, juguetona y expansiva con todo el mundo... menos con su madre verdadera.

— ¡Caprichos de los chicos! — solía decir Doña Patrocinio cuando Aurora se lamentaba de la especie de repulsión que la niña experimentaba hacia ella. — Ya se le pasará con el tiempo.

Acercábase la estación del calor. Aurora, al ver los rápidos progresos que hacía la salud de su hija, marchó á París á reunirse con su esposo, y juntos salieron para Biarritz.

Próximamente á mitad de la temporada, recibieron una carta de Doña Patrocinio anunciando una nueva complicación en la lactancia de Angelita. La nodriza había recibido la noticia de que su marido se hallaba herido de gravedad, á causa de una pelea ocurrida en la taberna, y sólo tardó Claudia en ponerse en camino el tiempo preciso para que Doña Patrocinio le liquidase la cuenta.

En sucesivas cartas les explicaba la abuela de Angelita las condiciones físicas y morales de Amparo, la nueva nodriza, asegurando que superaba á las cuatro anteriores, «si bien es verdad, añadía, que la niña no ha dejado de sentir la brusca desaparición de Claudia, á quien había cobrado tanto cariño.»

Lo que no decía Doña Patrocinio, para no alarmarles, era que Angelita se mostraba rebelde á tomar el pecho de Amparo, y cuando las torturas del hambre la forzaban á ello, le abandonaba á los pocos instantes; que su salud decaía visiblemente, que pasaba la mayor parte del día y de la noche llorando, y que no cesaba de llamar á *mamá Audia*.

Para abreviar, el estado de la niña llegó á agravarse en términos que, por consejo del médico, se envió un telegrama á sus padres, quienes se trasladaron inmediatamente á Madrid.

Trascurrieron algunos días más, sin que Angelita (que ya había cumplido once meses) se decidiese á tomar el pecho de la nueva ama, á pesar de que ésta tenía excelentes aptitudes para lactar, según dictámen facultativo.

Se apeló al biberón, pero sin resultado. Doña Patrocinio, que hallaba expedientes para todo, ensayó sucesivamente, para alimentar á la niña, caldos, bizcochos, papilla, sémola, tapioca, *racaout*, extracto de carne Liebig, etc., etc.; pero sólo consiguió perturbar más y más las funciones digestivas de la pobre criatura, que devolvía cuanto tomaba y se iba consumiendo lentamente como una planta falta de riego.

Aurora pasaba largos ratos al lado de la niña; su esposo apenas se separaba de la pobre enfermita. En uno de estos momentos, Federico se levantó de repente, y dijo en tono breve é imperativo:

— Que me dispongan la maleta para un viaje de pocos días; saldré dentro de dos horas.

— ¿Adónde vas? — preguntaron á un tiempo la esposa y la mamá política.

— A salvar á mi hija... si aún es tiempo — contestó dando á ésta un beso y saliendo agitado de la habitación.

Cuando Federico bajaba, dos horas después, la escalera, seguido de un criado que llevaba el equipaje, tropezó con un lacayo de gran librea que subía, pero sin reparar en él, prosiguió su camino.

El lacayo dejó una carta en la habitación de Federico. Doña Patrocinio la abrió, la leyó con emoción, y corrió en busca de su hija:

— ¡Aurora! ¡Aurora!... ¡Una gran noticia!

— ¿Qué es ello, mamá?

— Una expresiva invitación para la gran *soirée* musical que se dará el día 21 en la embajada de Rusia...

— Pero advierte, mamá...

— La embajadora, condesa de Mariopol, ha redactado por sí propia el programa, y tiene especialísimo empeño en que cantes esa noche con el príncipe Vocecascatta el gran dúo de *Il Kalmuko*.

— Mamá, yo no puedo aceptar...

— Será la reunión más brillante que hayan registrado las crónicas del buen tono.

— No, no, mamá; no iré — dijo con resolución Aurora.

— ¿Estás loca? ¡Semejante desaire á la embajadora!...

— Me excusaré con la enfermedad de mi hija...

— Dirán que es un fútil pretexto.

— Con la ausencia de mi esposo...

— Federico estará ya de vuelta para ese día.

— Pero el estado tan grave de la niña...

— No veo semejante gravedad; la niña está mala, pero no para morir... Vaya, vaya, no es cosa de que te pongas en ridículo... Estoy segura de que Federico te diría lo mismo que yo.

Aurora se dejó persuadir. Empezó á dar órdenes, á expedir recados á las modistas, á disponer joyas, flores y encajes, y á discutir con su mamá las mil

graves bagatelas y arduas puerilidades que entrañaba el caso.

Llegó la noche del concierto, sin que Federico hubiera regresado de su viaje ni dado cuenta de su persona.

El estado de la niña seguía siendo alarmante. El médico había manifestado aquella misma mañana a doña Patrocinio que si sobreviniera la crisis que anunciaban los síntomas observados en la tierna enferma, era muy de temer un desenlace funesto. Doña Patrocinio no creyó prudente por el momento participar esta noticia a Aurora, que desde las primeras horas de la tarde se ocupaba, rodeada de costureras, doncellas y peinadoras, en la confección laboriosísima de su *toilette*. A las diez y media de la noche todo estaba satisfactoriamente terminado.

A las once menos cuarto avisó un criado que estaba el coche dispuesto.

Aurora quiso ver a su niña antes de marchar. Doña Patrocinio no juzgaba necesaria esta formalidad de la etiqueta maternal, pero cedió ante la firme resolución de su hija, si bien a condición de que ésta no había de conmovirse hasta el punto de llorar.

—Supongo— le decía— que no irás a dar el ridículo espectáculo de presentarte en la embajada con los ojos hinchados y el semblante descompuesto.

Llegó Aurora, elegantísimamente ataviada, ante la cuna de Angelita, que con los ojos cerrados, tirada atrás la cabeza, pálido como la cera el rostro y ligeramente crispadas sus manitas sobre el pecho, sólo daba indicios de vida por su respiración anhelosa y por algunos estremecimientos musculares a largos intervalos.

Aurora contempló un instante a su hija con verdadera emoción; se inclinó hacia ella para darle un beso, y sobre las escuálidas mejillas de Angelita rodaron dos perlas... Dos perlas que se diferenciaban algo de las que, como recordarán mis lectoras, había vertido Aurora, algunos meses antes, sobre la frente de su hija. Las de aquel tiempo eran de un valor inapreciable; las de ahora podrían valer de ochenta a cien duros... como que se habían desprendido de la soberbia diadema que llevaba Aurora al concierto de la embajada rusa.

Doña Patrocinio, aterrada por lo que llamaba *el poco juicio* de Aurora, cogió a ésta de un brazo y la arrastró hasta la puerta de la escalera.

Ahora, no esperen ustedes, lectoras mías, la consabida descripción de la esplendorosa fiesta musical con que el representante del autócrata de todas las Rusias obsequiaba aquella noche a lo más selecto de la sociedad madrileña. Figúrense ustedes é invóquen en su imaginación todos los superlativos del lujo y de la magnificencia, y aun no habrán podido formar idea de aquella fantástica reproducción de las *Mil y una noches*.

Iba a principiar el concierto, y entre el susurro de las conversaciones, el crujir de la seda y el chisporroteo de las galanterías, se percibían las notas prolongadas de los instrumentos que rectificaban su afinación, cuando de pronto se abrió un paréntesis de silencio, seguido de un murmullo de sorpresa... Era que acababa de entrar Aurora, apoyada en el brazo del embajador.

Imposible bosquejar aquel tipo de belleza sin altivez, de gracia sin coquetería, de elegancia sin afectación, de naturalidad sin desenvoltura... Con decir que hasta las mujeres más lindas y elegantes confesaron que Aurora *estaba bastante bien*, creo haber dicho lo suficiente en elogio de mi heroína.

Abrió el concierto la sinfonía de *Tannhausen*, y sucesivamente *se hizo música* (pásenme ustedes la frase, que tiene tres bemoles) de Meyerbeer, de Mozart, de Beethoven, de Auber y de otras fábricas, hasta la una, hora en que, con arreglo al programa, debía cantarse el duo de tiple y tenor del acto quinto de *Il Kalmuko*. Los convidados lo esperaban con impaciencia, porque se sabía que Aurora rayaba a gran altura en esta pieza, sólo conocida de limitadísimo número de *dilettanti* aristocráticos.

Un silencio sepulcral acogió los primeros compases de la orquesta, y una salva de aplausos estalló en el salón cuando Aurora empezó a cantar su parte con el aplomo, precisión y sentimiento artístico que, unidos a su magnífica, extensa y flexible voz, hacían de ella una consumada cantante.

Y sin embargo, aun no había desplegado todas sus facultades. Cuando el tenor la arrastra a la entrada de la alcoba y, levantando la cortina del lecho, la hace ver a su hijo asesinado por el feroz kalmuko, Aurora lanza una nota desgarradora, un grito indescriptible que taladra como un dardo de hielo el corazón de los espectadores. Y después, aquel entrecortado, ronco, sibilante apóstrofe contra el asesino... Luégo, la valentía de aquella frase en que le arroja envuelta su maldición... Después, aquel llanto,

aquella risa histérica, aquel recuerdo dulcísimo del hijo inmolado, aquel desbordamiento de la ira y, en fin, aquella rápida sucesión de afectos, de pasiones, de sentimientos, expresados con la maestría de un artista eminente, producen en los concurrentes una explosión de entusiasmo, de frenesí, que, traspassando todos los límites de la etiqueta, se desata en bravos, palmadas, gritos, aclamaciones y una lluvia de flores que inunda el escenario.

Terminado el duo, y cuando Aurora todavía era objeto de los plácemes y ovaciones de los concurrentes, le anunciaron un mensaje de su casa, rogándole que regresase inmediatamente, porque su hija se había agravado. El portador del aviso había llegado cuando Aurora se disponía a cantar, pero no se había creído oportuno en aquel momento transmitir una noticia que podría privar a la reunión de oír el gran duo.

Aurora se apresuró a trasladarse a su domicilio; pero por mucho que troten los caballos de su landó, nosotros hemos de llegar antes, amables lectoras, para saber qué es lo que ha sucedido durante la ausencia de la madre de Angelita.

Federico había vuelto, hacía hora y media, de su viaje, henchido el pecho de esperanza, porque traía consigo a Claudia, la nodriza por quien tanto había suspirado la pobre niña. Esta, al escuchar la voz querida y sentir las caricias de su ama predilecta, entreabrió los ojos, que lanzaron un destello de alegría; a sus cárdenos labios asomó una triste sonrisa, hizo un movimiento para levantar de la almohada la cabeza y alargó sus bracitos descarnados hacia el objeto de su cariño. Mas, como si con aquel esfuerzo supremo se hubiesen aflojado todos los resortes de la vida, exhaló un débil quejido y volvió a sumergirse en su inmovilidad letárgica.

Federico, que en los primeros momentos no había pensado más que en su hija y había devorado en silencio todos los punzantes detalles de aquella escena, volvió por fin la cabeza, como buscando a alguna persona que debía estar allí. Su suegra, que lo comprendió, quiso explicar la ausencia de Aurora, pero Federico no la dejó proseguir, y dijo en tono seco y breve:

—Que venga; mi hija se muere.

Doña Patrocinio no se atrevió a replicar y salió para cumplimentar la orden de su yerno.

Al mismo tiempo llegó el médico, examinó a la niña, y acercándose a Federico, le tomó la mano diciéndole:

—No hay esperanza... ¡Valor!

Quince minutos después, el alma de la pobre niña, rompiendo sus carnales envolturas, voló al seno del Criador...

Federico cayó de rodillas al pie de la cuna, ocultando el rostro entre sus manos y entregado a un dolor mudo, concentrado, sin sollozos, sin lágrimas, sin expansión... el más cruel de todos los dolores.

En cambio, doña Patrocinio, todos los individuos de la familia y los mas caracterizados de la servidumbre se llevaban con frecuencia el pañuelo a los ojos... Yo no tengo inconveniente en admitir que lloraban: me cuesta menos trabajo el creerlo que el averiguarlo.

Se oyó parar un carruaje en la calle, y pocos momentos después resonaron pasos precipitados y el crujir de una falda en la pieza inmediata.

Se abrió la puerta y apareció Aurora en el soberbio traje con que acababa de cantar el duo de *Il Kalmuko*.

Todos se apresuraron a franquearla el paso y llegó cerca de su marido, dirigiendo inquietas miradas a los circunstantes.

Federico volvió un poco la cabeza, fijó la vista en su esposa y articuló lentamente estas palabras:

—Señora, ha llegado usted un poco tarde.

Aurora miró a la cuna de su hija y exhaló un grito de desolación... un grito que tenía una pavorosa semejanza con el que tantos bravos le había valido media hora antes en el salón de la embajada.

Sólo que esta vez los espectadores no estaban predisuestos a los aplausos.

BLAS.

LOS GRABADOS

EXCMO. É ILMO. SR. D. VICENTE CALVO Y VALERO,
Obispo de Santander, trasladado a la Silla de Cádiz

Nació en Sevilla el 10 de Mayo de 1838. Comenzó a estudiar Filosofía en el colegio de San Alberto de su ciudad natal el año 1848, y el de 1851 pasó al Seminario Conciliar de San Isidoro para completar las asignaturas de dicha Facultad. El año 1856 recibió el grado de Bachiller en Filosofía, y en 1861 el de Licenciado en Teología. En este mismo año obtuvo por oposición el curato de Santa María de las Nieves de Sevilla, y el siguiente entró en la Universidad como profesor sustituto de Teología. En 1865 fue nombrado

do Canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Cádiz, donde desempeñó sucesivamente los cargos de Capitular, Contador, Secretario y Obrero. Entre sus servicios más eminentes debe contarse la defensa que hizo por encargo del Cabildo de los derechos de aquella corporación, atacados por los Gobiernos que siguieron a la revolución de Setiembre. En 1873 quiso Su Santidad conferirle una de las Sillas vacantes, a lo cual se resistió respetuosamente. Por fin hubo de ceder y aceptó la Silla de Santander, para la cual fué presentado por el Real decreto de 15 de Junio del mismo año 1875, siendo consagrado por Monseñor Simeoni en la Santa Iglesia Catedral de Cádiz el 28 de Octubre.

Ahora acaba de ser trasladado a la Silla de Cádiz, donde volverán a reverdecer los laureles de su apostolado.

El Sr. Calvo y Valero es un Prelado celosísimo, y de ello es buena prueba el haber constituido en Roma un pequeño seminario de jóvenes santanderinos, para que perfeccionen sus estudios eclesiásticos en las doctas aulas de los colegios pontificios. De sus batallas contra la impiedad no hay poco que decir; su energía y su valor han sabido triunfar de sus enemigos, que humillados y maltrechos se han visto obligados a confesar sus derrotas. Fáltanos espacio para entrar en pormenores, y por eso nos limitaremos a rendirle el homenaje de nuestra admiración con motivo de su traslación a la diócesis de Cádiz, donde le deseamos un pontificado tan glorioso como el de Santander, ciudad que guardará perpetuamente su memoria entre la de sus bienhechores más ilustres.

EL INVIERNO

Cuadro del Sr. Vayreda

Las brumas que velan el paisaje y se condensan en algunas partes prestando tristeza a los cielos, el aspecto de las plantas, un árbol sin hojas y la actitud de las personas cuidadosamente envueltas en sus abrigos, todo expresa con verdad los rigores del invierno. Una larga jornada no ha hecho todavía entrar en calor al campesino que guía la segunda carreta, y materialmente tiñita de frío la mujer que cierra la comitiva. El pintor siente la naturaleza y sabe trasladar al lienzo las impresiones de su fantasía.

TORRE MUDEJAR DE LA PARROQUIAL DE SAN MIGUEL EN ZARAGOZA.

Desde el siglo XIII comienzan a levantarse en España monumentos en que se amalgaman los estilos bizantino y gótico con el árabe, y forman el que hemos dado en llamar mudéjar, con un nombre morisco, por ser el árabe su carácter predominante. Los mudéjares, formados en la escuela de los sarracenos, y constantes en la fe de sus mayores, procuraron conservar sus tradiciones venerandas en medio de las formas artísticas que los moros habían importado en España. Reflejo de esta sociedad, más numerosa de lo que se ha creído, son los monumentos mudéjares, fabricados de ladrillo con la delicada ornamentación de los artífices árabes, que muchas veces trabajaban, no obstante su fe musulmana, en los templos de Jesucristo, impulsados por la necesidad ó por la codicia. En Aragón abundan tal vez más que en el resto de España estos monumentos, y de ellos es una preciosa muestra la desmoronada iglesia de San Miguel de Zaragoza, que representa nuestro grabado.

La iglesia de San Miguel, vulgo de los Navarros, se halla situada en el barrio que habitaron los judíos. Zurita y Blancas admiten la piadosa tradición de haber sido fundada por Don Alfonso el Batallador para perpetuar la toma de Zaragoza, pues por el sitio donde está fundada la capilla de Nuestra Señora de Zaragoza la Vieja penetraron los tercios navarros, a quien en el ardor de la pelea se apareció el arcángel San Miguel, titular de la iglesia. Sea de esto lo que quiera, el hecho es que su fábrica, y singularmente su torre, pertenece al más puro estilo mudéjar, amalgamándose en ella las formas del bizantino, del gótico y del árabe, y constituyendo un conjunto tan bello como original y caprichoso.

UNA COLUMNA MILIARIA EN TARRAGONA.



El Museo Arqueológico de Tarragona acaba de adquirir un monumento más importante por lo que representa y por referirse a uno de los mejores períodos del engrandecimiento de esta ciudad, que por su ostentación y hermosura. Este monumento, que tal puede llamarse con toda exactitud, es un cipo ó columna miliaria, de grandes dimensiones, pero sumamente corroída y algo maltratada por los siglos y las humedades.

Este interesante resto ha sido descubierto casualmente en los desmontes y excavaciones que se han practicado para la construcción de la plaza de Toros, en el terraplén que formaba la contra-escarpa del foso del baluarte de Orleans, recién demolido, en el punto que va a ser corral para los toros, inmediato al chiquero.

Los peones ocupados en los desmontes, al encontrar la columna, no creyéndola de mayor mérito, vistas sus proporciones considerables, y para removerla con más facilidad, la rompieron en dos partes. Desgraciadamente, como suele suceder, la ruptura coincidió con una de las líneas de la inscripción, si bien no ha afectado gran cosa a las palabras mutiladas, por ser de grandes caracteres.

La columna tiene unos 2 metros de altura por 2,20



de circunferencia; es de piedra del país, y se halla, como queda dicho, sumamente corroída, lo que le da un aspecto de grande antigüedad. La inscripción está formada de letras de gran tamaño, pertenecientes á la época del alto Imperio, está dividida en cuatro renglones, y se expresa así:

IMP. CAES
AVG. COS. XI
TRIB. POT. X
MAX. VIA

Esto es: *Imperatorii Caesari Augusto, Cosuli XI. Tribunicie Potestatis X, Maxima Via*

Hemos dicho que este monumento es importantísimo en varios conceptos, y vamos á demostrarlo.

En primer lugar, es la única inscripción que conserva Tarragona de su especial protector Octaviano Augusto, durante su vida, en el supuesto de que fué dedicada cuando el emperador tenía 49 años, 14 antes del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, 9 en que había sido elegido cónsul por undécima vez, y el décimo de su tribunicia potestad.

Es igualmente interesante este resto como data, atendido que si bien es verdad que el primero que hizo medir los caminos fué Cayo Graco, no se completó esta importante mejora hasta el imperio de Augusto, quien dispuso que las grandes vías que cruzaban todo su vasto Imperio tuvieran un centro común, que fué el Foro romano, la principal plaza de Roma, y á este efeto, según Dion Casio, mandó colocar en medio de ella una columna dorada que se denominó *Milliarum aureum*, desde donde partían las vías, y en donde comenzaba la medición por millas de todas ellas hasta los confines del Imperio, á cuyo propósito dice Plinio: «*Mensura currente á milliario in capite romani fori statuto.*»

Con referencia á Tarragona, es presumible que la medición se hubiese verificado en el antes citado año 49 del emperador Augusto, colocándose este monumento conmemorativo como testimonio de aquella importantísima mejora que arreglaba la marcha de los ejércitos de mansión en mansión, y orientaba á los viajeros indicándoles el camino que debían seguir, lo que habían andado y lo que les faltaba para terminar su viaje, á cuyo objeto se colocaban los cipos ó columnas miliarias en las márgenes de las vías públicas en donde estaban las millas itinerarias de pueblo á pueblo ó de mansión en mansión para inteligencia y guía del viajero ó jefe de la fuerza militar en marcha, para saber el punto de partida y el punto de descanso, objeto principal de esta división itineraria.

Para reunir la tropa alojada y prepararse á emprender lo marcha tenían los romanos una tocata especial, que llamaban *itinerarium*, empleando el *lituus*, que era una trompeta de metal, larga y derecha, con una encorvadura al extremo á manera de pipa para fumar, y de este toque, que equivalía al que usan nuestras tropas en marcha, habla Amiano Marcelino diciendo: «*Extracta quiete nocturna, itinerarium sonare lituus jubet.*»

Al oírlo los soldados preparaban su equipaje, que consistía en trigo para quince días, las armas, una segur, un rallo, una cadena, una soga ó correa, una sierra, una hoz, una cestilla y sus ropas, cuyo peso llegaba á sesenta libras, y con esta desmesurada carga andaban, según Vegetio, 25 millas, que era la marcha ordinaria. «*Hora quinque aestivis XXV. M. passuum militari gradu.*»

Confirma hasta cierto punto nuestra opinión sobre la época del mejoramiento de los caminos ó grandes vías, con referencia á Tarragona, el que el emperador Augusto, temeroso de que con la paz general que disfrutaba todo el Imperio, se corrompiese la disciplina del ejército, dispuso que las legiones procedieran al arreglo de las vías en las provincias pacificadas después de haber cerrado las puertas del templo de Jano por cuarta vez; y como esta ceremonia se efectuó al terminarse definitivamente la guerra cantábrica ó española, en el año 25 antes de nuestra Era, las legiones que se hallaban en Tarragona hubieron sin duda de emplearse en estas faenas, en las que se ocuparían nueve años, según se deduce de la fecha del cipo miliario que estamos describiendo ¹.

Sin embargo, y para mejor inteligencia, es necesario saber que mucho antes de la venida de los romanos á España existían en ella varias vías ó caminos públicos, ásperos y difíciles, así lo indica Tito Livio con estas palabras: «*Pleraque itinera Hispaniae impedita sunt asperitate viarum, et angustiis saltibus crebris.*»

La calzada más antigua fuera de Italia, dice un sabio escritor de nuestros días, de que se hace memoria, es la que en España conducía de Cartagena á los Pirineos, para ir después por los Alpes á Roma, medida ya y señalada con los miliarios en tiempo de Escipión el Menor, y esta vía sin duda había de pasar por Tarragona.

Finalmente, es de interés este monumento para la historia de Tarragona, porque evidentemente el cipo recién descubierto, á semejanza del *Milliarum aureum* de Roma, señalaba el punto adonde venían á converger las tres grandes vías que formaban parte de la gran vía Aurelia, *Maxima Via*, como dice la inscripción, y por ser punto de partida de todas ellas, no lleva guarismo ni indicación alguna.

No puede dudarse de que en el sitio del hallazgo existía un *Forum* ó plaza pública, atendido que con la columna aparecieron muchos sillares de piedra del país, de figura poligonal ó cuneiforme (*gonphi*), que constituían el firme de las vías públicas y el enlosado de las plazas de una población de alguna importancia. Estos sillares tienen la superficie sumamente gastada y las aristas han desaparecido con el roce de las pisadas de los transeúntes en este sitio. Los demás sillares que faltan se emplearon en el año de 1821 al construir el antedicho baluarte de Orleans, que vino á ocupar el lugar del Foro romano aludido.

Lo natural era que el cipo miliario se levantara en el gran Foro de Tarragona, en donde estaban las lápidas conmemorativas, las estatuas, los arcos de triunfo, etc., etc.; pero como se hallaba en lo más prominente de la colina de la ciudad, no era sitio á propósito para el cipo, mientras el punto donde se encontró está en la llanura, al pie de dicha colina á corta distancia del *Pomerium* de la ciudad oficial, entre ésta y la población suburbana. Aun al presente como en la época romana, á un tiro de fusil del sitio que mencionamos, se halla el cruce ó enlace de las tres carreteras modernas que se dirigen á Valencia por Tortosa, á Zaragoza por Lérida y á Barcelona y Francia atravesando la ciudad.

No podemos, pues, dudar que la columna miliaria en cuestión señalaba el punto de partida de las dos grandes vías que de esta ciudad iban, una á Castulon por Dertosa, y otra á Caesaraugusta por Ilerda, y el punto de parada ó término de la que venía por el Summo Pyrenæo desde Narbona, cuya longitud, según el Itinerario de Antonino, era de 234 millas.

La adquisición de este resto es tanto más apreciable, en atención á la rareza de los cipos ó columnas miliarias en toda Cataluña. En el mes de Mayo de 1855 fué descubierto uno de estos monumentos itinerarios en una viña propia de D. José Porqueras, situada entre el vecino pueblo de Vilaseca y el cortijo de Vilafortuny (Salou). Dicha columna con su correspondiente inscripción, vió y copió el cura párroco de Vilaseca, y tenía solamente cuando se encontró, según carta que conservamos de este ilustrado eclesiástico, 3 pies y 8 pulgadas de alto, á causa de hallarse mutiladas ambas extremidades, con 2 pies de diámetro. La inscripción cogía, dice la carta, las tres cuartas partes de su circunferencia, y estaba concebida en estos términos ¹:

Q. HERENNIO. ETRVS
CÓ. MESSI. DECIO. NOBILI
SSIMO. CAES. PONT. MAX
TRIB. POT. COS. II. P. P.
PROCOS. VIA. AVG
M. P. CLXXX

A pesar de nuestra diligencia, no fué posible salvar este monumento: lo habían destrozado para construir con sus restos una margen ó pared á la viña.

Tres años más tarde, en 1.º de Julio de 1858, nos encargó la Real Academia de la Historia que indagáramos si en nuestra provincia de Tarragona existía resto alguno perteneciente á las vías romanas, y procuráramos saber con alguna exactitud los puntos en donde habían radicado las mansiones ó estaciones situadas en la vía Aurelia, no bien determinadas con relación á las modernas poblaciones que las habían reemplazado. Como inspector de antigüedades, emprendimos estos trabajos de exploración é indagación, cuyo resultado expusimos á dicha Aca-

demia en una Memoria, acompañada de un plano topográfico y orográfico de la provincia, que creemos oportuno recordar.

En la división de la vía Aurelia, y en el trayecto desde Tarragona á Dertosa, había, según el Itinerario de Antonino y de los Vasos Apolinales, tres estaciones que eran:

De Tarragona	
á Oleastrum.....	21 millas
á Tria Capita.....	24 "
á Dertosa.....	17 "
	62 millas.

La estación de Oleastrum se hallaba en un despojado que hay entre el pueblo de Cambrils y el Hospitalet, poco antes de llegar al río Ollastre, corrupción de la palabra latina *Oleaster*, río que en lo más antiguo, durante la época de la colonización griega, se llamó *Oleum*, según Avieno (vers. 505). Antes de entrar en el villorrio del Hospitalet, y en la torrentera por donde corre el río Ollastre, se ven en ambas márgenes los estribos y arranque de un arco de construcción romana, que suponemos sería el puente por encima del cual pasaba la vía. En las inmediaciones del Hospitalet, pasado el pueblo, vimos un trozo de la vía, cuyo afirmado era de cal y cascajo ó piedra menuda, orillada la calzada con piedras mayores, que venían á formar las aceras, y junto á ello pudimos observar restos de paredes, aljibes y pavimentos de téglulas planas, indicios todos de la existencia de alguna villa romana.

De Oleastrum iba la vía por las playas de San Jorge y de la Atmetlla á la otra estación de Tria Capita, en el Perelló, pueblo fundado entre tres colinas, de cuya circunstancia sin duda tomó el nombre la estación. El ingeniero D. Angel Camón encontró muchos vestigios de edificios romanos en aquel sitio. De Tria Capita á Dertosa iba la vía costeanado las faldas del Coll del Alba.

El *Sub Saltu* que no menciona el Itinerario, y si los tres Vasos Apolinales, no era estación, sino tal vez punto de descanso en lo más alto del Coll de Balaguer, y así lo indican las cinco millas de marcha desde Oleastrum ¹, jornada corta que no constituía una etapa, pero penosa á causa de la rápida subida hasta la cumbre de la montaña, en donde se halla el *saltus* ó desfiladero (coll). También podía hallarse en el *Sub Saltu* una mutación, de las que hablaremos más adelante.

La segunda sección de la vía Aurelia era la que se dirigía á Caesaraugusta, y en el trayecto de Tarragona á Lérida sólo había dos estaciones intermedias, es á saber:

De Tarragona	
á Septimium Decimum.....	17 millas
á Ad Novas.....	13 "
á Ilerda.....	18 "
	48 millas.

La vía en este trayecto salía de Tarragona siguiendo siempre la orilla izquierda del río Francolí (Tulcis) hasta llegar al pueblecito de Vilaverd á poco de haber pasado el Coll de la Riba, y calculamos que en sus inmediaciones debía existir la estación, que á causa de su distancia de la capital llamaron Septimium Decimum, por el número de millas. De Vilaverd seguía la vía por el actual camino de la Espluga de Francolí, y llegaba á Vinaixa (Ad Novas) en el límite divisorio de las provincias de Tarragona y Lérida, y en el mismo punto donde tenía nacimiento el río Francolí. La restante vía hasta llegar á Lérida va por terreno llano y no ofrece la menor dificultad.

En la calzada de Narbona á Tarragona y en el trayecto de esta última ciudad á Barcelona, según el Itinerario de Antonino, sólo había tres estaciones intermedias, y eran las siguientes:

De Tarragona	
á Palfuriana.....	17 millas.
á Antistiana.....	13 "
á Fines.....	17 "
á Barcelona.....	20 "
	67 millas.

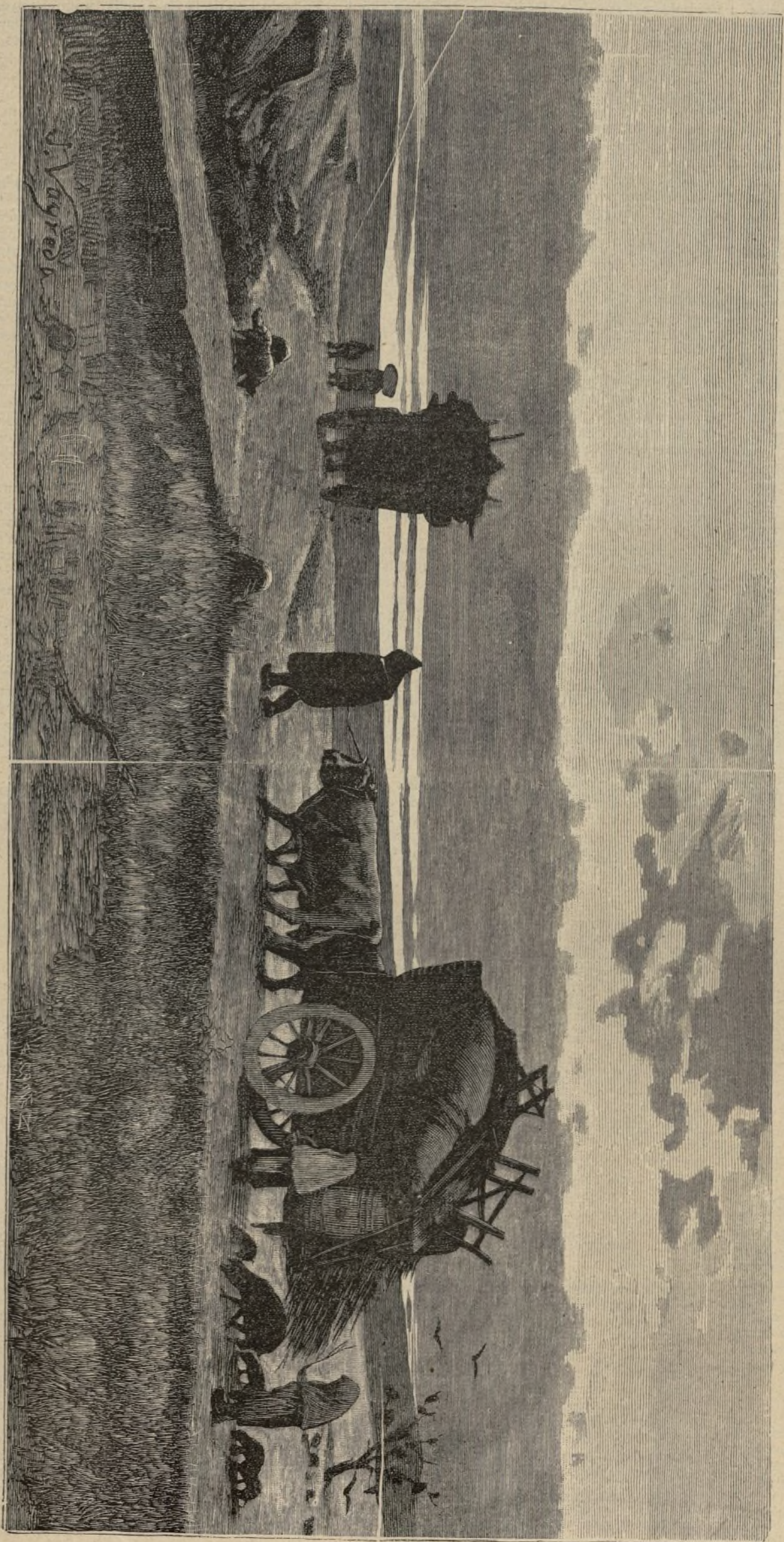
La vía salía de Tarragona y pasaba junto al sepulcro llamado de los Escipiones, en cuyo punto se encontraron muchos restos de edificios romanos, y á lo que parece algunos vestigios de la vía, cuando en 1802 se rectificó la carretera real de Valencia á Barcelona; y continuaba la vía hacia el arco romano de Lucio Licinio Sura, conocido vulgarmente por arco de Bará, en cuyas inmediaciones debió hallarse la estación de Palfuriana, entre Creixell y la ermita de

¹ En rigor, la guerra cantábrica no terminó hasta el año 19 antes de J. C. por el distinguido general romano Marco Agripa, yerno de Augusto, gobernador que fué de la Tarraconense durante cinco años. Las legiones que militaban en España cuando Augusto cerró las puertas de Jano, según Tácito, eran tres: la tercera Gálica, que vino de las Galias con M. Agripa, la sexta Ferrata y la décima Fretense; además había cuerpos de tropas pertenecientes á las legiones cuarta y quinta. En tiempo de Augusto la legión se componía de 6.000 infantes y 600 caballos, y por lo mismo, para una guerra como la de los cántabros, nos parece que habría en España más legiones que las que nos dice Tácito.

¹ Esta inscripción tal como fué copiada tiene algunos errores que la hacen defectuosa, y su corrección no es de este lugar.

¹ Cinco millas equivalen á dos horas escasas, que aproximadamente componen siete kilómetros.

EL INVIERNO, CUADRO DEL SR. VAYNEA



Bará, que dista de Tarragona las 16 millas, ó sean 24 kilómetros.

Al salir de Palfuriana torcía la vía á la izquierda en busca del Noya, y seguía el mismo trazado de la actual vía férrea. La estación de Antistiana, que sólo distaba de Palfuriana 13 millas ó 20 kilómetros escasos, debía corresponder entre La Bisbal del Panadés y Bañeras; y desde allí, siguiendo la rambla del Noya, se llegaba á Fines, que distaba 20 millas. No hay mucha certidumbre sobre el punto que ocupaba la población de Fines, y la opinión general es de que se hallaba donde hoy la villa de Martorell. D. Miguel Cortés calcula muy oportunamente en su *Diccionario geográfico antiguo*, que se llamaba así á causa de ser el último pueblo de la region cosetana, lindante con la Laietania, á la izquierda del Llobregat, el cual formaba el límite divisorio de ambas comarcas.

Como es sabido, en Martorell hubo un puente romano, encima de cuyos restos se erigió el gótico ú ojival que ahora existe, pudiéndose todavía observar en los estribos de la obra y en la mayor parte de los cimientos la robusta construcción romana. En lo más antiguo hubo una catarata en cada uno de los dos ingresos del puente. La de la parte de la Cosetania al salir de Martorell desapareció con gran parte del puente cuando éste, accidental ó intencionadamente, fué arruinado, tal vez durante la ocupación musulmática; la catarata de la parte de la Laietania, aunque muy mutilada, subsiste al presente, y el vulgo ignorante la denomina arco de triunfo¹. Al salir del puente vuelve el camino bruscamente á la izquierda en torno de una colina que se encuentra frente al puente, al igual de lo que ahora verifica el ferrocarril.

Según parece, al pie de esta misma colina la vía romana se bifurcaba; el camino que iba á Barcelona seguía como la vía férrea la orilla izquierda del *Rubricatus* (Llobregat) y andaba así en un trayecto de 20 millas hasta Barcelona, y desde allí iba, según el Itinerario de Antonino, al Prætorio y Secerras, uniéndose á la gran vía. La otra fracción desde el puente de Martorell iba directamente á Arrago, según los tres Vasos Apolinales, pueblo desconocido, que á calcular por las distancias de este último itinerario, debió existir entre Badalona y el Masnou, continuando hasta Secerras, para unirse á la gran vía.

Con esta bifurcación quedaba de hecho arrinconada la ciudad de Barcelona en el ángulo que forma la costa desde el Besós á la montaña de Monjuich y de ésta á Martorell; de manera que, en rigor, la vía desde Arrago á Barcelona y de ésta á Fines, según los Vasos Apolinales, venía á constituir una vía particular ó secundaria, puesto que en ninguno de los tres Vasos se menciona la ciudad de Barcelona.

¹ El actual puente de Martorell, notable por su atrevimiento, es puramente ojival y no puede remontarse mas allá del siglo XIV de la Era vulgar. Dentro de la casita que existe en el vértice de este puente hay una lápida con una pomposa inscripción, que mandó poner en 1768 el general de ingenieros D. Juan Martín Zermeno, en la que se lee que fué construido este admirable puente (gótico ú ojival) por el grande Anibal mil nueve cientos ochenta y cinco años hace, é hizo erigir también á la entrada del mismo un arco de triunfo en honor de su padre Amilcar Barca. Sería un acto de ilustración que el benemérito y distinguido Cuerpo de ingenieros, honra de nuestro ejército, hiciera desaparecer esta lápida que leen con asombro las personas inteligentes nacionales y extranjeras que visitan este notable monumento de la Edad Media.

Además de esta reparación de que habla la lápida, en la que fué construido el arco semicircular de la izquierda, hubo de hacerse otra á principios de este siglo junto al pretendido arco de triunfo. En una de las dos veces que fuimos á estudiar y dibujar este puente en 1867, tuvimos ocasión de hablar con un viejecito de Martorell, quien nos refirió que, cuando joven, había trabajado en esta última reparación, en la que hubo de rebajarse un trozo de puente á tocar con la carretera, en busca del firme, y á los cinco palmos encontraron la vía romana, formada, dijo, de un enlosado de grandes piedras colocadas con mucho arte, en la que se conocían aún los surcos ó carriadas abiertas en la vía por las ruedas de los carros.

MONUMENTOS HISPANO-CRISTIANOS.



TORRE MUDÉJAR DE LA PARROQUIAL DE SAN MIGUEL EN ZARAGOZA.

Ayuntamiento de Madrid

Esta modificación de la gran vía se halla así demostrada en el excelente mapa itinerario de la España romana, que acompañaba al discurso leído por nuestro estimado amigo y compañero y reputado arqueólogo el Excmo. Sr. D. Eduardo Saavedra y Moragas, hijo de esta ciudad y director general que fué de Obras públicas, en el acto de su recepción pública en la Real Academia de la Historia, en el año de 1862¹.

En el núm. 1 del Itinerario de Antonino se lee una mansión intermedia entre Barcelona y Tarragona que denomina *Stabulum novum*, la cual no se halla citada en el estado núm. 2. Esta mansión, estación ó lo que sea, existía, dice, á 24 millas de Tarragona en la vía Aurelia de esta ciudad á la de Barcelona, y por lo mismo, atendido el número de millas, debía indispensablemente encontrarse entre Palfuriana y Antistiana, que correspondería hoy á corta diferencia entre las modernas poblaciones de Bellve y del Arbós; y como la Antistiana estaba separada de Palfuriana el corto espacio de 13 millas ó 19 kilómetros, el *Stabulum novum*, naturalmente, solo debía distar unas 7 millas de la primera y 6 de la segunda, que son 9 kilómetros aproximadamente, no pudiendo admitirse una jornada tan corta para la tropa de sólo dos horas de marcha en terreno llano y sin accidente alguno. Una vez que el mismo Itinerario manifiesta que el término medio de ellas era de 20 millas, sospechamos que el *Stabulum novum* no era estación, sino una mutación, esto es, una casa de postas, en las que, según los Códigos de Justiniano y de Teodosio, se hallaban siempre dispuestos 20 caballos para los correos, y además los carros, bueyes y acémilas para la conducción de bagajes y efectos. Pensamos también que no hubo de ser gran población, y tal vez ni población siquiera, como lo demuestra su nombre de *Establo nuevo*.

Confirma al parecer la opinión que acabamos de emitir el mismo Itinerario, el cual sin duda, al mencionar el *Stabulum novum* se refería á mutaciones y no á mansiones, toda vez que de Junqueras al pie del Pirineo pasa de golpe á Gerona, de allí á Barcelona, á *Stabulum novum* y á Tarragona, sin estaciones intermedias, como sucede en el estado núm. 2, y por lo mismo, si no nos equivocamos, era para manifestar los puntos donde existían las casas de postas, y en el mismo caso, y por la misma razón conceptuamos que el *Sub Saltu* de que hemos hablado, en el trayecto que iba de Tarragona á Dertosa, no era estación, sino mutación.

Volviendo al *milliarium* de Tarragona, objeto principal de este escrito, del que insensiblemente nos hemos ido separando para describir las tres vías que venían á converger á su pie, es un resto en todos conceptos notable por las razones antes emitidas, y con este motivo no podemos menos de significar nuestra gratitud á los señores que con todo desprendimiento hicieron cesión de él al Museo Arqueológico que se halla á nuestro cargo, y sobre todo al digno arquitecto municipal D. Ramón Salas y Ricomá, que puso el mayor cuidado en que no fuesen mutiladas las letras de la inscripción, habiéndonos dado inmediato aviso del hallazgo, ejemplo muy digno de ser imitado.

Tarragona 12 de Agosto de 1883.

B. HERNÁNDEZ SANAHUJA.

LA FILOSOFÍA

Y LAS CIENCIAS NATURALES

HACE tiempo que vienen lamentándose algunos de que en España se cultiven con preferencia las ciencias filosóficas, contentándonos, por lo que á las naturales se refiere, con aprender malamente y traducir con inexactitud, y casi siempre en pésimo lenguaje, algo de lo mucho que se escribe en otras naciones. No son del todo infundados tales reparos; multitud de causas, y muy complejas, como son las que determinan el desarrollo intelectual de un pueblo, nos han llevado por siglos y continuarán llevándonos en lo venidero al estudio de las ciencias en que no sujeta la inflexibilidad matemática ni domina la tiranía de los hechos, sin que en ello tenga parte la incapacidad injuriosamente supuesta por algunos extranjeros: hartas pruebas de lo contrario tiene dadas el ingenio español.

Mas como la medida y moderación sean tan raras en las cosas humanas, no falta hoy entre nosotros quien viene á dar en el extremo opuesto. Algunos de los pocos cultivadores que aquí tienen las ciencias empíricas, sin conocer acaso ni de nombre el positivismo, están dominados sin embargo del espíritu positivista; desdeñan las ciencias filosóficas; hacen alarde de ignorarlas y están muy lejos de sospechar la primacía que en los conocimientos humanos corresponde de derecho á la metafísica.

Hoy extraña más que nunca este modo de pensar; por lo mismo que las ciencias naturales van ensanchando de manera prodigiosa sus dominios, han de encontrarse necesariamente con la metafísica, que por la universalidad de sus principios, por la abstracción y generalidad de los conceptos que desenvuelve, abarca en cierto modo á las ciencias todas. La Física, por ejemplo, en vías de lograr su aspiración suprema de referir todos los fenómenos materiales á una sola causa cuyas múltiples transformaciones y apariencias va adivinando por medio del análisis matemático, persiguiéndola hasta llegar á los últimos elementos, no podrá menos de preguntarse por la causa de estos elementos, y la respuesta, sabido es que corresponde á la metafísica. ¿Qué son los átomos y de dónde les viene ese movimiento que, variado de muchas maneras, constituye la vida, por decirlo así, del mundo de la materia? Hé aquí cuestiones ineludibles que el hombre ha de proponerse con doble afán por cuanto va extendiendo sus conocimientos: pues que el saber aviva más y más el empeño y la curiosidad.

Aun antes de llegar á este punto se encontrará la física en el camino con fenómenos que no entran en sus ecuaciones: la historia le presentará el milagro, el espíritu sus divinos secretos y la vida en todas sus manifestaciones, maravillas que no puede revelar el cálculo, de todo lo cual nace de nuevo la necesidad de recurrir á la metafísica. Y no se diga que el físico prescinde de todas estas cuestiones; la naturaleza de nuestro espíritu no consiente semejante abstracción. Al ver cómo los fenómenos todos del mundo material van encajando en nuestras fórmulas, necesariamente han de llamar la atención esos otros que no se avienen con el rigor del cálculo; y cuanto más vivo entusiasmo despierte en nosotros la contemplación de ese movimiento continuo de la materia, mayor también será el empeño por conocer el impulso inicial y el fin de todo ello.

En historia natural las cuestiones que con más calor se agitan no son las propias y peculiares de esta ciencia; sus clasificaciones por ejemplo, las analogías y diferencias de los seres; son las que de derecho corresponden á la metafísica el origen de la vida, la unidad de la especie humana y su lugar en el mundo orgánico: hé aquí lo que forma bandos y encona las discusiones entre los naturalistas.

La geología y astronomía tampoco se mantienen dentro de sus propios límites; una y otra aventuran sin derecho hipótesis á cual más peregrinas sobre el origen de las cosas; y la fisiología aspira nada menos que á explicar por medio de acciones y reacciones químicas los fenómenos intelectuales, objeto propio y exclusivo de la filosofía. De esta suerte cuando se desdeña la metafísica proclamando su muerte como una necesidad para abrir el ciclo de un nuevo régimen intelectual, como dicen, vienen las ciencias todas á protestar contra esa condenación.

No se quiere la metafísica de las abstracciones, la única verdadera, y se nos ofrece en cambio la metafísica de los hechos; Darwin y Huxley en Inglaterra, Haeckel, Bubner Vogt y otros en Alemania resuelven todas las cuestiones del orden moral y filosófico fundándose únicamente en los fenómenos del mundo material, y aspiran á constituir de esta suerte una doctrina completa que pueda sustituir á la revelación cristiana. Entre nosotros, los menospreciadores de la filosofía, aunque muy inferiores á los citados en fama y en conocimientos, no son menos arriesgados en meterse por los dominios de la desdeñada ciencia; y es de ver la frescura con que ya en conversaciones, ya en artículos y discursos, deciden magistralmente problemas cuyos términos ignoran muchas veces. Si ya estos hombres fueran modestos y se contentaran con referir algunas curiosidades, que no otro nombre merecen los hechos estudiados por las ciencias naturales cuando no los unen y enlazan principios universales é ideas necesarias, podría tolerarse su modo de proceder; pero desear la filosofía, que es la únicamente llamada á formar un todo verdaderamente científico, armonizando y vivificando el orden real con las verdades ideales, y aspirar sin embargo á darnos una ciencia completa que abarque y resuelva las cuestiones todas, es pretensión, á más de absurda, soberbia y arrogante.

Ni ha de buscarse en otra cosa tampoco el origen de esa vaguedad, incoherencia y superficialidad que tanto se echan de ver en los escritos de muchos na-

turalistas, beneméritos por otra parte. Llama sobremanera la atención cómo en esos escritos se da por principal lo que es muy secundario y accesorio; se aducen confiadamente argumentos que carecen de base y enlace lógico y se amontonan hechos sin relación alguna para deducir luego de ellos con seguridad pasmosa una ley ó principio que sólo existen en el magín del autor. Toda persona medianamente instruída habrá notado más de una vez este defecto; porque no es raro haber de suspender la lectura para cerciorarse de que se está leyendo á tal autor; sobre todo si dejando el terreno propio de la ciencia que se cultiva, le da al naturalista por forzar las fronteras de la filosofía y resolver desenfadadamente todas las cuestiones.

De aquí nace también esa especie de mareo que en tales hombres produce un argumento del orden ideal, cuando en la discusión tropiezan con quien sabe manejar esta clase de armas, viniendo por fin á despreciar lo que desconocen ó á abandonar llenos de miedo un campo en que se creían invencibles. Cuantos se dedican á la enseñanza, si se sirven de algún texto en ciencias naturales, habrán tenido que luchar también con una dificultad nacida de ese defecto. Son muchos los libros de este género en que falta por completo el orden y encadenamiento necesarios en la exposición de hechos y doctrinas, si han de ser de alguna utilidad á los alumnos para poder hacer algo por sí solos, y no pocas veces el profesor tiene que prescindir del texto para salvar este inconveniente; ni es raro encontrarse con definiciones que pudiera muy bien corregir cualquier estudiante de lógica. Por todo esto, son poco menos que inútiles muchos libros destinados á la enseñanza que requieren exactitud suma y método racional y riguroso, á fin de que la inteligencia de los jóvenes, insegura de suyo, descubra á primera vista la unidad y vaya formando poco á poco y sin miedo, el edificio científico de sus conocimientos.

Todos estos defectos que deslucen lastimosamente algunas obras, son hijos de ese desdén con que se miran los estudios filosóficos, porque sólo en ellos se forma un criterio seguro, ya para apreciar los hechos y enlazarlos entre sí, ya para referirlos á sus causas y formular su ley, tarea principal del naturalista; sólo en ellos se adquiere el rigor lógico que encadena el discurso, vedando digresiones impertinentes é incoherencias inverosímiles. Pesuádanse algunos que las matemáticas, cuando son aplicables, pueden muy bien sustituir en este punto á la filosofía, y que quien las posea tiene ya lo bastante para discurrir con acierto en materias científicas; este modo de pensar es engañoso y erróneo; cuando la ciencia está formada, las matemáticas son un arma poderosa para descubrir nuevos fenómenos, para tantear nuevos derroteros, un medio admirable de simplificación y de unidad; pero aunque todas las cosas han sido hechas por Dios con número, peso y medida, son pocas todavía aquellas cuya ley matemática conocemos, y además, cuando se trata de la enseñanza no basta presentar comprendidas en las diversas fórmulas multitud de hechos; es necesario construir en cierto modo la ciencia á la vista de los jóvenes; para lo cual se requiere algo más que la inflexibilidad comunicada á la inteligencia por el estudio de las ciencias exactas.

Bien se echa de ver que las anteriores reflexiones no son una justificación de la metafísica ante el positivismo de nuestros días, que la condena por infundada y quimérica; hecha está de mano maestra esa justificación por autores que tienen títulos para acometer empresa de tan gran empeño; aquí sólo se pretende llamar la atención sobre la temeridad de algunos, que descuidando estos estudios se arrojan sin embargo á resolver las cuestiones más arduas de la metafísica, y sobre el perjuicio que á la enseñanza y á la misma ciencia ocasiona este descuido.

SERGIO APARICIO.

LAS GRANDEZAS HUMANAS Y LA HUMILDAD CRISTIANA

El asunto de que vamos á ocuparnos, uno de los más graves que pueden ofrecerse á la consideración del cristiano, se presenta á nuestro examen bajo distintos aspectos. El más importante bajo el cual pudiéramos considerar á la humildad, es el de virtud cristiana, que con la caridad, la castidad y algunas otras semejantes, constituyen el sólido cimiento de esa vida feliz que aspira á la perfección. Pero de la humildad bajo este aspecto se ha escrito tanto y tan bueno, que nada podemos añadir; fuera de que no son tan altas las aspiraciones de estos escritos.

Lo que únicamente nos proponemos, pues, en estas líneas, es considerar la humildad en la impresión y en los efectos que produce en el mundo, y demostrar, en vista de ellos, que no hay nada, dentro del mundo mismo, más elevado, más grande

¹ En ese plano está dividida la Península en regiones y conventos jurídicos, tal como se hallaba durante la época romana, con los nombres de las ciudades romanas en letra de color; y correspondencia con las poblaciones actuales, y sobre todo y lo más importante es la red de vías romanas que cruzan toda la España y Portugal, con la escala demostrativa en millas romanas, kilómetros y leguas de 20 al grado.

más glorioso para el hombre que la humildad; excediendo su elevación y grandeza á todas las elevaciones y á todas las grandezas humanas.

Para hacer patente esta verdad, debiéramos presentar en primer término el cuadro de estas grandezas. Su comparación con las que nacen de la humildad, nos pondría de manifiesto la verdadera medida de unas y de otras. Pero es innecesaria esta primera parte de nuestro trabajo, atendido el buen juicio del público, cuyo fallo sobre este punto está pronunciado de un modo unánime, por más que en esta como en otras muchas cosas, la convicción no siempre esté en armonía con los actos. ¿Quién es el que á propósito de esto no tiene impresa en su corazón aquella sentencia del Salmista: *Universa vanitas omnis homo vivens*; y esta otra del Eclesiástico: *Vanitas vanitatum et omnia vanitas*; cuyo eco, cual una dolorosa protesta de la humanidad contra las grandezas ficticias que inquietan y preocupan á muchos hombres, pasarán de generación en generación hasta el fin de los siglos?

Mas si queremos ver en pocas palabras una pintura viva y animada del hombre que corre tras el oropel de las humanas grandezas, hédala aquí, en boca de uno de los primeros oradores del mundo. «Pobre é indigente en el exterior, dice Bossuet, el hombre procura enriquecerse y engrandecerse á su modo; y como no le es posible añadir una línea á su estatura, se asimila cuanto puede de lo que le rodea; se figura que todo lo que junta en derredor suyo, todo lo que adquiere y todo lo que gana, acrece á su persona: imagina que se engrandece á medida que aumenta su tren y su boato, que va enriqueciendo su morada, ó que va dilatando sus dominios. Así es que al verlo adelantar en este camino, no parece sino que no basta el mundo entero á contenerlo; y como en su fortuna están encerradas otras muchas fortunas, no se considera como un hombre solo, sino por valor de muchos.

«El orgullo va siempre en aumento, dice el Rey Profeta, y no cesa nunca de querer levantarse sobre lo que es. Nabucodonosor no se contentó con los honores de la dignidad real, sino que quiso los honores divinos. Pero como su persona no podía resistir el brillo de tan fuertes resplandores, se hace erigir una soberbia estatua, deslumbra los ojos con su magnificencia, asombra la imaginación con su altura, aturde los oídos con el estruendo de la sinfonía y de las aclamaciones que se hacen en derredor de ella; y así, el ídolo de este príncipe, más privilegiado que él mismo, recibe homenajes y adoraciones que su persona no se atreve á reclamar. ¡Hombre de la vanidad y de la ostentación, he ahí tu figura! En vano te enorgulleces con los honores que parecen que van en pos de ti; no es á ti á quien se adora, sino á ese brillo exterior que fascina los ojos del mundo: no adoran tu persona, sino el ídolo de tu fortuna, que se muestra con ese soberbio aparato dispuesto para alucinar al vulgo.»

¡Oh á cuantos pudieran aplicarse estas elocuentes palabras de Bossuet! ¡Cuánto no estamos viendo á cada paso, de los homenajes que se tributan en el exterior á ciertas personas á quienes en el interior se desprecia! Pero supongamos que así no sea, y que los homenajes que se tributan á la humana grandeza sean una demostración sincera de afecto. ¿Cuál es el último término, el porvenir, á que conducen esas vanas adoraciones y esos fugaces esplendores? La oscuridad y el olvido, desde el momento en que esos personajes pagan, como el último de los nacidos, su tributo á la muerte. Entonces el fausto les sigue aún por momentos al cementerio y á las honras fúnebres: pero esto dura dos días, y al tercero ya se eclipsó para siempre aquella gloria cuyo blillo deslumbra á las gentes.

Tal es el resultado de la elevación que el hombre se procura á sí mismo por los medios materiales que comunmente se emplean para alcanzarla. Compararemos esto con las glorias de la humildad, trayendo á la memoria algunos ejemplos.

El primero y más grande ejemplo de humildad es el que nos ha dejado el Hombre-Dios. El Hombre-Dios vino á regenerar el mundo, á traer á él una nueva doctrina, que había de trastornar completamente las leyes, los gobiernos, las sociedades, las costumbres, la familia y el individuo: y en efecto, el cambio fué tan radical, que el Cristianismo es el punto de partida de esa magnífica civilización moderna, que viene elaborándose al través de diez y ocho siglos. Parecía lo natural, según los alcances de la comprensión humana, que el autor de tan maravillosa obra, Dios y hombre al mismo tiempo, hubiese nacido de la más ilustre princesa, en el más espléndido de los palacios, rodeado de la más ostentosa opulencia, hablando á los hombres desde un trono deslumbrador por su magnificencia, y postrándose al oír su voz los grandes y poderosos de la tierra. Parecía lo natural que hubiese vivido en la cumbre de la

grandeza, y que en ella un éxtasis de delicias le hubiese hecho pasar, sin muerte ni padecimiento, al cielo de donde vino. Así comprendería la sabiduría puramente humana que se hubiese cumplido la misión de Jesucristo en la tierra.

Pero nada de esto sucedió. El Hombre-Dios quiso ser concebido en las entrañas de una mujer humilde; nació, por falta de habitación y de cuna, en un establo y en un pesebre, entre dos animales: tuvo por padre putativo á un carpintero: pasó su juventud en las faenas de esta oscura profesión: al empezar á cumplir su misión divina, eligió para auxiliarse á doce pobres pescadores; vivió de la manera más humilde que puede imaginarse: consintió, en fin, ser tenido por impostor, procesado, maltratado, azotado, y condenado á morir entre dos ladrones. Tal fué la vida y la muerte del Hombre-Dios.

Pero ¡ah! nuestra mente se pierde al considerar cuán magníficas elevaciones han sucedido á aquellas humillaciones profundas. El que fué despreciado, escarnecido y hecho objeto de mofa en la tierra, es hoy el Santísimo Sacramento de los altares, ante quien se prosternan todos los días millones de almas, rindiéndole homenajes de adoración y consagrándole muchas de ellas su ser y su vida toda entera, sin más aspiración que la de gozar algún día para siempre de su adorable presencia. El que se vió ignominiosamente exaltado en la cruz, se ve hoy gloriosamente exaltado en los templos de todo el orbe católico; y en los millares de ellos donde se adora al Dios verdadero, se alza en primer término la efigie del que en la tierra se humilló hasta las mayores ignominias, representándonos al que ejerce todo poder en el cielo y en la tierra, y con su intercesión omnipotente tiene en su mano nuestra felicidad ó nuestra desgracia.

Junto á la exaltación del Hombre-Dios vemos la exaltación de la mujer humilde, en cuyas entrañas fué concebido. Esta mujer vivió en la más pobre oscuridad hasta sus últimos momentos. Pero veámosla hoy. Hoy brilla en el emporio con la fúlgida diadema de Reina de los cielos: y la cristiandad entera, prosternada ante su bella imagen, inunda los templos para alcanzar de sus preciosas manos esos raudales de gracias, de que la ha hecho dispensadora la virtud del Altísimo.

A su lado figura aquel pobre carpintero que en la tierra fué digno y fiel custodio de su pureza; su oscuridad fué tal mientras vivió, que apenas se tienen hoy noticias de los principales hechos de su vida. Pero su poder es tan grande que, según Santa Teresa, nada se le niega en los cielos de cuanto con verdadera utilidad se le pide en la tierra.

Cerca de ellos se rinde culto á los rudos y sencillos hombres que dejaron las redes para seguir á Jesucristo, y que, de pobres pescadores, pasaron, sin dejar su vida oscura y laboriosa, á ser columnas fundamentales de la Iglesia.

Estas privilegiadas criaturas no conocieron en la tierra el fausto ni la grandeza, ni los aplausos y estimación de las gentes. Pero ¡cuán grandes son hoy los homenajes que se les tributan! ¿Han recibido nunca los poderosos de la tierra, incluso los reyes y los dominadores de los imperios, algunas semejanzas á éstas? Quizá el temor á su poder se las habrá deparado momentáneamente durante su vida; pero ¿las han tenido después de muertos? Toda la grandeza de los grandes se ha eclipsado para siempre entre las sombras del sepulcro. Toda la pequeñez de los humildes se ha convertido en grandeza desde que salieron de esta vida mortal.

Se dirá que hemos ido á buscar ejemplos de humildad en el mismo Dios, que bajó del cielo, y en los que tuvieron con Él un contacto mas ó menos íntimo en la tierra, todos los cuales estaban predeterminados en los decretos del Altísimo á una gloria sin límites. Pero prescindamos de ellos y vengamos á tiempos posteriores y muy lejanos de la venida del Salvador. ¡Cuántos millares de santos no nos ofrecen ejemplos semejantes en todos los siglos! Criaturas débiles y miserables como nosotros ¿no los hemos visto despreciar los atractivos y las glorias humanas, buscando con empeño las humillaciones y los desprecios, deseando ser tenidos en nada, y reputándose indignos hasta del aire que respiraban? ¿Y qué ha sucedido á estas criaturas? Que su humildad las ha exaltado, y después que en esta vida pasaron oscuras y despreciadas, se han levantado en la otra radiantes de gloria, y han vuelto al mundo rodeados de esa misma gloria, para ocupar en él un puesto que todos los encumbramientos humanos no pueden proporcionar, un puesto en los altares, donde viene á prosternarse la humanidad rindiéndoles culto y buscando su poderoso valimiento con el Ser Supremo y la obtención de las gracias que la influencia humana no basta á alcanzar por grande que sea.

Si: todos y cada uno de estos hombres, que durante su vida fueron pequeños y oscuros para ser

santos, viven hoy en los pueblos con una vida gloriosa, real y efectiva, y son objeto de universales demostraciones de afecto, de admiración y de regocijo, en que toman parte (nótese esto bien) hasta los que hacen profesión de despreciar ciertas verdades. Y sinó, ¿qué acontecimiento hay más celebrado en cada pueblo que la fiesta de su santo patrono? ¿Qué días hay mas solemnes que los que la Iglesia destina á la celebración de sus festividades y al culto de sus santos?

Recordemos aquel hombre que, vestido de pieles y alimentado de langostas y miel silvestre, vino al mundo preparando los caminos del Salvador á la voz de la penitencia. Aquel hombre austero y humilde vivió en la aspereza de los desiertos, y murió inicualemente degollado, víctima del antojo de una mujer corrompida. Pero ¡cuán diferente es su gloria, aun acá en la tierra, de la de otros grandes hombres de aquellos remotos tiempos! Oímos citar á Alejandro y á Darío, á Pompeyo y á César, y al oírlos pasa su nombre por nuestra mente como un vago y pavoroso fantasma. Pero llega la noche de San Juan, y todo el orbe cristiano se conmueve al estruendo de la vocería, y se regocija al resplandor de las llamas que festejan al Santo Precursor. ¿Cuándo ha tenido la memoria de la grandeza humana ovaciones tan magníficas, tan populares, tan dilatadas y tan duraderas?

Estos portentosos efectos de la humildad se ven aun durante la vida de los humildes. Muchos de ellos, como San Bernardo, San Vicente Ferrer y San Vicente de Paul, mientras más se humillaban y escondían, más se los buscaba para aconsejar á los pontífices y á los reyes, y para dirigir los grandes negocios de la cristiandad y del gobierno de los Estados. Muchos de ellos llenaron, no ya su país, sino su época y su siglo con su persona y sus obras, que á medida que se alejan van apareciendo mas grandiosas. Porque sucede en esto lo que al viajero que va alejándose del pueblo en que ha morado. Las viviendas humanas se ocultan muy luego á sus ojos, y cuando apenas se descubre ya ninguna de ellas, aun descuella sobre sus techos confundidos entre el polvo y la neblina el campanario de la iglesia, diciéndole con mudo y elocuente lenguaje que la idea de Dios se levanta sobre todas las cosas del mundo y se deja ver aun cuando éstas se ocultan. Así, cuando la memoria de los personajes de todo un siglo ha sido relegada al olvido; cuando tal vez se ignora hasta el nombre de los que pasaron por héroes en su tiempo, va recorriéndose poco á poco para los santos el trasparente velo de lo pasado, y empieza á brillar majestuosa, para no eclipsarse nunca, la figura de alguno de ellos, que las gentes tuvieron por loco en su tiempo, y que él mismo se consideró inferior al último de los nacidos.

¿Ni qué mucho que así suceda? Este efecto de la humildad, sólo incomprensible á la humana soberbia, es enteramente conforme á la marcha natural de las cosas. ¿Cómo produce el grano la dorada espiga ó la pepita el árbol frondoso, cuyas ramas han de extender luego su sombra por la tierra? Cayendo en el suelo, sepultándose en él, pudriéndose, en fin, y ahondando sus raíces para sacar con ellas de la tierra los jugos que han de nutrir la planta. Si el grano no cae, ni se sepulta, ni se corrompe, ni ahonda sus raíces en la tierra, en vano se esperará la planta que ha de brotar de él. Así también, si el hombre no se empequeñece voluntariamente, si no se humilla, si no se sepulta á la vista de los demás hombres, no será exaltado sobre ellos; sino que, á manera del grano que queda sobre la tierra, se revestirá de una pequeña eflorescencia, que á los pocos días se habrá marchitado sin dar fruto alguno.

Pero ¿que más? y con esto vamos á concluir. El mundo mismo ¿no rechaza á los soberbios? ¿No repugna los elogios en boca de las personas que se los tributan á sí mismas? ¿No se siente por lo mismo dispuesto á negarles hasta el mérito que realmente tienen? Y por el contrario, cuando ve una persona modesta, que haciéndolo todo bien, jamás busca los elogios, sino que los huye sencilla y graciosamente, ¿no se complace en alabarla? ¿No se empeña en revelar, correspondiendo con la generosidad á la nobleza, lo que aquella se empeña en tener oculto, acreciendo con esto el mérito de sus obras? ¿No es tan fuerte y violenta la antipatía que inspiran los soberbios, como es dulce y atractiva la simpatía que inspiran los humildes? ¿Y qué quiere decir esto sino que hay en el fondo del alma humana un instinto poderoso, que ama la humildad, como ama la castidad, como ama la dulzura, como ama la caridad, á pesar de que dominan en la naturaleza los vicios contrarios, la soberbia, la lujuria, la ira y el egoísmo?

¡Qué mucho, en fin, que todo esto sea así, cuando lo dejó dicho la Verdad Eterna en aquellas palabras: EL QUE SE HUMILLA SERÁ ENSALZADO!

No pretendemos, ¡oh lector!, quien quiera que seas; no pretendemos que nuestras palabras te hagan humilde, y te hagan buscar la oscuridad y el olvido, si antes no has aprendido á hacerlo. Pero pretendemos, sí, que antes de despreciar á los muchos que renunciando á las glorias humanas se empequeñecen por seguir los caminos de Dios, reflexiones un poco sobre la diferencia que va, para la verdadera gloria, de los grandes de la tierra y los grandes según Dios; que te acuerdes de que, mientras yace en el polvo del olvido una inmensa multitud de generales, de duques, de príncipes y de otros hombres ilustres de todos los siglos, otra multitud de hombres que fueron oscuros y despreciados están hoy sobre los altares recibiendo las adoraciones de los pueblos, y han dejado instituciones admirables por cuyo medio se perpetúan de generación en generación su nombre y sus virtudes, se mejora la sociedad, y se encaminan muchas almas á la salvación, para aumentar más y más su prestigio en la tierra y su gloria en el cielo.

Inclina tu frente ante las grandezas de la humildad, si sientes desprecio hacia ellas. De seguro la levantarás herida de un rayo de luz, que, en medio de las tinieblas que el mundo esparce sobre esta doctrina, iluminará tu entendimiento para que entreveas toda la gloria que está reservada á los humildes.

J. M. ANTEQUERA.

LA EXPIACIÓN

ALTA distancia de Roma y de la vía Apia, en medio de incultos campos, una caverna, abandonada al parecer, descubre sus misteriosas profundidades. Al momento que las sombras de la noche se derraman sobre las siete colinas de la Ciudad Eterna, muchedumbre de hombres, mujeres y niños, con sus vestidos oscuros y caminando con la cabeza baja, como si meditasen realizar algún crimen, llegan á aquella caverna, del mismo modo que si fuesen á una cita, y descienden á sus tenebrosas bóvedas.

Esta caverna es la entrada á las Catacumbas, y la gente que en ellas se refugia y se oculta, son los cristianos que van á cumplir los deberes de su religión.

Después de dar muchos rodeos y de atravesar infinitas galerías cruzadas en diferentes direcciones, llegan los fieles al lugar sagrado donde va á celebrarse el misterio divino. El altar está abierto en la misma roca: dos velas y una lámpara pendiente de la bóveda, difunden apenas alguna luz en estos funebres parajes, para hacer más visible la oscuridad. El sacerdote, revestido de ornamentos episcopales y con sus manos temblorosas, no de miedo, sino de vejez, empieza el Santo Sacrificio.

Al pie del altar están arrodilladas dos mujeres, cubiertas con grandes velos blancos. Descolorida y lánguida la una y en sus floridos años, parece hallarse agobiada por el peso de la vida, como carga para ella insoportable: más avanzada en edad y de mayores bríos la otra, está sosteniendo á su débil compañera. Son madre é hija. ¿Mas por qué ocupan el primer puesto, cuando en las reuniones de los cristianos existe completa igualdad, sin haber primeros ni últimos? ¿Habrá sido casual el ocupar aquel sitio?

No; es que la modestia de los fieles quiere tributar aquel homenaje á dos nuevas neófitas. Porque los ministros del verdadero Dios han conseguido una gran victoria sobre los sacerdotes de los ídolos, y aquellas dos mujeres que, á escondidas y casi solas, vienen á orar á las Catacumbas, son la esposa é hija del señor del mundo, del emperador Diocleciano; Prisca y Valeria, que doblan su frente imperial ante el tabernáculo donde Jesucristo va á bajar en el sacramento de la Eucaristía.

Pero entretanto, dos emisarios de Galerio, el favorito y el futuro yerno de Diocleciano, han seguido las huellas de las princesas, y mezclados entre la muchedumbre de los fieles, han penetrado hasta el santuario. El piadoso recogimiento que los cristianos guardaban, con sus manos cruzadas y los ojos clavados en tierra, les había impedido notar la insolencia de los espías. Uno de éstos dijo á su compañero al oído: « Todo se ha descubierto: ya lo ves: han sido ciertas las noticias dadas á Galerio. La emperatriz y su hija han abrazado la religión de estos viles esclavos. ¡Oh mancha eterna en la púrpura de los Césares! Ven, vamos á acabar nuestro cometido y á contárselo todo á Galerio. »

Retíranse los dos delatores. El genio del mal, que favorece sus proyectos, los guía por medio de las intrincadas galerías de las Catacumbas, para que no se extravíen. Su salida no altera el Santo Sacrificio, como tampoco lo había alterado su entrada. Bajo

estas funerarias bóvedas levantan las jóvenes sus sonoras y puras voces, y los ángeles del Señor llevan hasta los pies del Eterno las oraciones y lágrimas de los fieles perseguidos.

Dadas las cuatro de la mañana, los cristianos se alejan de aquel sitio; Prisca y Valeria, acompañadas sólo de una criada y de un oficial, cristiano como ellas, entraron por una puerta falsa en el palacio de los emperadores. Al amanecer se les presentó uno de los principales dignatarios de la corte, anunciándoles que Diocleciano deseaba hablarles. Los deseos del señor del mundo son órdenes que nadie intenta evadir; y las princesas, que apenas se atreven á confiarse con una mirada sus mutuos temores, se presentan en la habitación de Diocleciano, que solo y furioso estaba paseándose.

Después de despedir con un ademán al oficial que acompañaba á su esposa y á su hija, con aire amenazador se pone frente á ellas y les dice:

— Prisca y Valeria: una turba de fanáticos, adoradores de no sé qué judío, nacido en un pesebre y muerto en una cruz, altera la tranquilidad de Roma y del Imperio, y socolor de religión conmueve los ánimos, propagando el espíritu revolucionario. Son los enemigos de los dioses del Olimpo y los míos, que todo lo puedo. Hasta ahora esa miserable secta sólo había hecho prosélitos entre los esclavos y los insensatos, entre la hez del pueblo y del ejército. ¿Ni cómo podría yo imaginarme que hubiesen alcanzado triunfos más importantes é infiltrado el veneno de sus detestables máximas hasta en la misma púrpura imperial? ¿Mas si es así, ¡desgraciados de esos impuros insectos, indignos de ser aplastados con mis pies! ¡Desgraciados cuantos se hagan enemigos del César, aun cuando sean de la familia del César mismo!

La emperatriz coge con celeridad á su hija y la abraza contra su pecho. Quiere hablar; pero aterraada con las amenazas de su esposo y aun más con sus crueles miradas, conoce que le falta la voz. Entonces Valeria, más animosa que su madre, le dice:

— Señor, ó más bien, padre mío, puesto que me es permitido llamaros así, sabed que esos de quienes hablabais no son vuestros enemigos; antes por el contrario, en todo el Imperio no tenéis vasallos, ni más fieles ni más sumisos; lo cual sabemos porque asistimos á todas sus oraciones; y sabemos también que piden al cielo, no que os condene, sino que os ilumine.

— ¿Conque es cierta, contestó Diocleciano, vuestra deshonra y mi desgracia? ¿Sois vosotras cristianas?

— Nosotras somos cristianas, respondió Valeria cruzando las manos y con los ojos levantados al cielo.

— ¡Ah, hija mía! exclama la emperatriz, ¿qué acabas de decir? Esa es la sentencia de nuestra perdición.

Y consternada se postra á los pies del César, quien la repeló con frialdad diciendo:

— Mañana se ofrecerá al soberano de los dioses un suntuoso sacrificio para darle gracias por la reciente victoria alcanzada en las Galias por el César Constancio. Mañana me acompañaréis al templo de Júpiter; y de no, destituidas de vuestra categoría y desheredadas de mi nombre, seréis conducidas á una de mis fortalezas de la Numidia, á un destierro perpetuo. El emperador no quiere compartir su trono con una mujer de quien el universo entero sepa que ha sido cristiana. No me ablandan llantos ni súplicas; porque esta sentencia es inflexible como las del destino. Volved á vuestra habitación, y el oficial que os ha traído queda encargado de custodiar la puerta y de cuidar de que estéis solas todo el día de hoy y esta noche: así tendréis tiempo para pensarlo. Hasta mañana.

Retírase Diocleciano, y casi sin poderse tener, conducen á su habitación á las dos princesas. Quitase Prisca la diadema, el velo blanco cuajado de abejas de oro, el riquísimo manto que cubre sus espaldas y todos los atributos de la grandeza soberana, y le dice á Valeria: ¿Es posible, hija mía, que para siempre renuncie yo á esta corona?

— Madre mía, contesta la hija, Jesucristo os promete una mucho más hermosa.

— Si: la del martirio, porque el destierro á la Numidia es nuestra muerte. ¿No es esto de lo que quieres hablar? ¡Ah, Valeria! ¿Para qué lo declaraste al emperador? ¿No podíamos adorar en secreto á Jesucristo, como hasta ahora lo hemos hecho?

— ¡Adorar á Jesucristo después de renegarlo!

— ¡Ah! tienes razón, soy una insensata, y haces que me avergüence de mí misma. Pues bien, roguemos fervorosamente á fin de que mis espíritus protectores me inspiren lo que debo hacer. ¿Tú seguirás mi ejemplo, querida Valeria, cualquiera que sea mi resolución, no es verdad?

Se abrazan mutuamente las dos princesas y se po-

nen á orar; pero las súplicas que dirigen al cielo están mezcladas con los recuerdos y distracciones mundanas; porque involuntariamente se ponían á pensar en su amada Italia y en la brillante corte que tenían que abandonar, á trueque de una prisión solitaria en medio de las arenas del Africa y bajo el cielo abrasador de la Numidia. No era de este modo como oraban los mártires la noche antes de su suplicio, sino que entregados completamente á la alegría de ofrecer su sangre á Jesucristo, ocupábanse sólo de la Jerusalén eterna, adonde iban sus almas, pero jamás de este miserable mundo, donde sus cuerpos iban á ser entregados al tormento: y el que duda ó vacila, no es apto para el reino de los cielos. La emperatriz y su hija, que hacía muy poco tiempo que eran cristianas, carecían de aquella fe ardiente que infunde en los corazones el desprecio absoluto de todas las cosas humanas, y la cólera de Diocleciano las amedrantaba casi tanto como la de Dios. Valeria, sin embargo, tenía mas valor que la emperatriz, y por sí hubiera tenido ánimo para aceptar el martirio; mas no lo tuvo para separar su suerte de la de su madre.

Si el venerable sacerdote que las instruyó en la religión, hubiera podido entrar donde ellas estaban; si su voz hubiera podido resonar en sus oídos y hablarles de las dichas del cielo en aquel palacio donde todo les hablaba de las felicidades de la tierra, quizá afianzadas en la fe que habían abrazado, hubiesen preferido sin horror el camino de Numidia. Pero solas todo aquel día y aquella noche, preocupadas únicamente con sus recuerdos, con sus temores y con su natural flaqueza, sucumben al fin desgraciadamente; de modo que al venir Diocleciano para llevarlas de la mano al templo de Júpiter, casi no oponen resistencia, y los ángeles que el Eterno había designado para su custodia se retiran dando lastimeros ayes.

Tan grande como había sido la alegría de los fieles al saber la conversión de las princesas, fué profundo el pesar que sintieron al tener noticia de su apostasía: postrados en tierra y cubiertos de ceniza, pedían á Dios que perdonase á aquellas dos culpables mujeres que causaban en su Iglesia tan gran escándalo. Mas el Señor determinó hacer un notable escarmiento, precipitando á Prisca y Valeria desde la más elevada categoría á la clase más miserable, para mostrar que sólo en él se cifran la estabilidad y la grandeza. Porque en la misma época en que los mártires de la fe derraman su sangre en todas partes, no puede el Señor consentir que quede la apostasía triunfante y feliz; y porque, además, va á brillar la hora en que convirtiéndose la persecución contra los perseguidores, con el castigo de éstos debe quedar asombrado el universo, que fué testigo de sus crueldades.

Escogió Diocleciano por yerno á Galerio, el dacio feroz, tirano por instinto, sanguinario y voluptuoso. Con semejante monstruo se vió obligada á unirse la infeliz Valeria. ¿Qué resistencia podía oponer á la voluntad del padre, ni cómo podía negar su mano, la que no tuviera valor para evitar la pérdida de su alma? Prisca conoce la infelicidad de su hija, y comprende que esta es la primera venganza del Eterno. Muy en breve la impaciente ambición de Galerio, que lleva la voz como si fuese el superior, quiere dominar á todo el mundo y obliga á abdicar el título de emperador á Diocleciano, el cual, quedando reducido á ser un simple Diocles, va á ocultar su rabia y sus inútiles arrepentimientos en los jardines de Salona.

Desde este instante Valeria y Prisca carecieron de protector. La primera, esclava más bien que esposa de Galerio, reducida á vivir en el interior de su palacio, quedó sin más libertad que la de derramar abundantes lágrimas. Maldecido de Dios su matrimonio, fué estéril; y cuando iluminadas al fin ambas princesas con todos los desastres que las abruman sin dejarles solaz ni reposo alguno se prosternan ante Dios, queriendo pronunciar el santo nombre que han renegado, su voz desfallece, túrbaseles la vista, un horroroso temblor las sobrecoge y caen al suelo derribadas bajo el peso del anatema.

Diez años han trascurrido, durante los cuales se ha mudado la faz del mundo. Reina Constancio en Roma y en todo el Occidente, y gobierna en el Oriente su afortunado compañero Licinio, que carecía del genio y de las virtudes de aquél, y cuya alma se mantenía obstinadamente ciega á la luz de la religión triunfante. Llegan entonces á Tesalónica, vestidas de harapos y pidiendo limosna, dos mujeres que llevaban una vida errante; una todavía joven, y la otra en el ocaso de la vida; pero á ambas, en sus semblantes trabajados con las desgracias, se les advierte cierto aire de majestad y de grandeza. Mas, ¡oh vicisitudes de los acontecimientos humanos! ¡oh terribles decretos de la Providencia divina!



Estas dos mujeres, humilladas hasta el último grado de la miseria, han tenido sobre sus sienes la corona imperial: son Prisca y Valeria, viudas de Diocleciano y de Galerio. Conocidas por los soldados de Licinio, son llevadas al palacio de este tirano, que estaba buscándolas había quince meses. Entonces con voz feroz é infernal sonrisa exclamó: «Valeria, viuda de Galerio, ya has caído en mi poder. Tu madre y tú vais á pagarme todo el rencor que tengo con vosotras y con vuestra familia. Hace tres años negaste tu mano á Licinio, y éste ahora te manda al patíbulo. ¡Que quiten la vida á estas dos mujeres!» Proferidas apenas estas últimas palabras, la madre y la hija fueron llevadas al suplicio.

Así que llegaron á la plaza de Tesalónica en medio de una muchedumbre que se apiadaba de su triste suerte; recordando el alto puesto de donde habían descendido, dijo Valeria á Prisca: «Madre mía, el cielo me ilumina, dándome á conocer que el Dios de los cristianos es quien nos persigue y castiga, porque nuestro crimen es inaudito; mas quizá

nuestras desgracias le hagan apiadarse de nosotras. Madre mía, en estos supremos instantes, en esta hora en que vamos á morir, levantemos nuestra alma á Jesucristo, ante el cual en otro tiempo hemos orado en las Catacumbas. Ofrezcámosle nuestra sangre que va á derramarse, y confesemos al morir la justicia de nuestra muerte. Quizá se compadezca de nosotras al vernos arrepentidas, y las calamidades que en esta vida hemos experimentado, nos sirvan para conseguir en la otra felicidad eterna.»

—Hija mía, contestó la emperatriz; pongo por testigo á este Dios que tanto hemos ultrajado, de que muero completamente resignada. Y puesto que vamos á morir juntas, pidámosle á Jesucristo que use de misericordia con nosotras, y rogémosle principalnte que estemos unidas en la eternidad.

Arrodilláronse ante los verdugos, á quienes tan tierno espectáculo quitaba todos sus bríos. Había cesado ya el anatema; y el Eterno permitió que pudiesen acabar sus súplicas. Así que hubieron concluido,

se arrojó la una en los brazos de la otra, brillando sus rostros con celestial alegría.

Cortáronles en seguida la cabeza y fueron arrojados al mar sus cuerpos.

REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

Acero de cementación.—Se obtiene calentando á una elevada temperatura el hierro en barras, en grandes cajas formadas con ladrillos refractarios y en medio de un cemento ó polvo compuesto de carbón de madera duro, de cenizas de sal marina y hollín.

Colócanse las cajas en un horno de bóveda rebajada y sobre los bordes de una rejilla, bajo la cual se quema hulla grasa de larga llama, á fin de que produzca en las cajas una temperatura de 800°. La coadura se hace en unas seis horas, y una vez terminada se deja enfriar el horno durante tres días,

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España
calle del Príncipe, 27, Madrid.

ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS
Plaza de la Bolsa, núm. 8.

FÁBRICA DE CHOCOLATE DE EDUARDO BASTARDI EN CÁDIZ

PROVEEDORA DE LA REAL CASA

Premiado en varias Exposiciones con Medalla de Plata

COLUMELA, 8 y 10, y MURGUÍA, 50

ESTA CASA CUENTA MÁS DE 50 AÑOS DE EXISTENCIA

Esto es lo bastante para afirmar que la constante práctica que sigue el dueño en la pureza de los géneros que se invierten en su elaboración, es la mejor garantía á confeccionar un alimento tan nutritivo y saludable que no deje que desear á los consumidores de estos exquisitos CHOCOLATES.

Se sirven pedidos para navegaciones.

Se hacen por encargo diversidad de clases, siendo las corrientes con canela, y los homeopáticos, tan recomendados para enfermos y convalecientes.

Café de Puerto-Rico, azúcares y tés de varias clases, garbanzos de Castilla, y otras semillas y otros artículos de superior calidad. Conviene al público aceptar el CHOCOLATE gaditano, por las condiciones higiénicas en que los conservan sus primeras materias.

DOLOR DE ESTÓMAGO

Acedías, digestiones difíciles, vómitos, eructos, inapetencia, debilidad y todas las afecciones del estómago que no procedan de lesión orgánica grave, se curan siempre con el *antigastrálgico* Romeo; único medicamento infalible recomendado por todos los médicos. Multitud de enfermos que pasaron veinte años de continuos sufrimientos y que agotaron sin provecho todos los recursos de la ciencia, acreditan con su curación la eficacia é infalibilidad de este precioso medicamento.

Se vende en píldoras y en polvos en las principales farmacias. Único depósito:

MELCHOR GARCÍA. — Tetuán, 15, Madrid.

AGUA DE SAN LORENZO

con marca de fábrica garantizada por el Gobierno

Cura infaliblemente las llagas y úlceras de cualquier procedencia, las heridas de todas clases, los dolores reumáticos, las contusiones, las jaquecas más rebeldes, las quemaduras y hemorragias, sujetándose para su uso al prospecto que se une á cada frasco. Son muy repetidas las curaciones hechas con este poderoso descubrimiento, que pueden comprobarse. Agradecerán su recomendación los señores viajeros que la adquieran en sustitución del árnica, para combatir varios de los casos citados y que son frecuentes en las expediciones.

Se vende por mayor en casa de D. MELCHOR GARCÍA, TETUÁN, 15, Madrid, y por menor en las principales farmacias de la Península y Ultramar, al precio de TRES PESETAS frasco.

LOS DOS FRANCO

Vinos y Licores nacionales y extranjeros

El mejor establecimiento en Vinos de Mesa á 9 pesetas arroba.—Especialidad en Vinos de Champagne, Burdeos y otros.—Gran rebaja de precios durante los días de Navidad.

39, Libertad, 39.

COMPANÍA COLONIAL

Roma 1863

MEDALLA



DE ORO.

CHOCOLATES SUPERIORES
PREMIADOS POR SU SANTIDAD PIO IX

Depósito general. Calle Mayor, núms. 18 y 20.
Sucursal..... Calle de la Montera, núm. 8.

Vapores Correos



DEL MARQUES DE CAMPO

Líneas regulares de Asia, Africa, América y Oceanía

VIAJES REDONDOS MENSUALES EN DÍA FIJO

LÍNEA DE FILIPINAS

El día 17 de Diciembre de 1883, saldrá de Liverpool el vapor correo BARCELONA (100 A. L. LLOYD), admitiendo pasajeros y carga.

LÍNEA TRASATLANTICA

El día 17 de Noviembre de 1883 salió de Burdeos (Pauillac) el vapor correo REINA NERCEDES (100. A. L. LLOYD), capitán D. Juan Bautista Mataró, admitiendo pasajeros y carga. Para tratar del pasaje y fletes, dirigirse á los consignatarios en los puertos.

Polvos Antigastrálgicos

contra las afecciones dolorosas del estómago, acedías, digestiones difíciles, vómitos, eructos, etc., preparados por D. P. Romeo, farmacéutico, premiado en la Exposición nacional de 1882. Por mayor, Melchor García; Tetuán, 15, Madrid. Por menor, en las principales farmacias.

SOCIEDAD GENERAL DE ANUNCIOS DE ESPAÑA

Esta Sociedad tiene el honor de anunciar al público que en sus oficinas se reciben anuncios, reclamos y hechos varios para sus periódicos de Madrid y provincias, recibiendo también para los de todos los países de Europa, de Asia, América, Oceanía, Australia y la India.
Oficinas: calle del Príncipe, 27.
MADRID.

ALMANAQUE DE LA RISA para 1884

Nada contra la religion ni la moral

Cuatro reales en todas las librerías.

COLOCACIONES

Hay una con 14.000 rs.; dos con 8.000 y cobradores. Se gestionan toda clase de asuntos civiles y militares, y da dinero sobre fincas y sueldos el activo.

D. HELIODORO

Hortaleza, 38, 2.º—De una á tres.—Madrid.

con objeto de poder retirar las barras, que se habrán convertido en acero.

Como las barras están más impregnadas de carbón en su parte externa que en el interior, hay precisión después de reunir las barras y caldearlas al rojo ó forjarlas, con lo cual se obtiene el hierro de cementación llamado acero batido.

Cada horno de cementación recibe de 10.000 á 25.000 kilogramos de hierro á cementar, necesitando un horno de esta clase unos 17 días entre carga, enfriamiento, descarga y pequeñas reparaciones, por lo cual puede calcularse, que mantenido el horno en continua actividad podrán hacerse unas veinte cargas al año.

Los mejores hierros para la fabricación del acero de cementación son los de Suecia, Noruega y Rusia, empleándose como cemento el carbón menudo de encina, parte en polvo y parte en fragmentos, que no pasen de 2 centímetros cúbicos. En Inglaterra no se emplea más que la hulla, lo mismo para la cementación que para las demás operaciones del acero.

El acero de cementación en bruto se presta menos aun que el acero de forja al estirado y al batido, perdiendo parte de las propiedades características de acero, por efecto de las numerosas caldas á que hay que someterlo, para que adquiera la necesaria homogeneidad; no consiguiendo, sin embargo, por el batido, el que desaparezcan del hierro los defectos de continuidad que la cementación desarrolla en casi todos los hierros que se aceran. Todos estos inconvenientes se salvan con él.

Acero fundido.—Este fué descubierto por Benjamin Huntsman, en 1740, habiendo ido desde entonces en progresivo y notable aumento el importante número de sus aplicaciones en las artes y en la industria.

El acero fundido es el más homogéneo de todos, y se obtiene, como antes hemos indicado, por la fusión de los otros aceros, en crisoles de tierra que se calientan en un horno, á una temperatura de 1.300 á 1.400 grados.

La extraordinaria dureza que adquiere este acero con el tiempo, ha hecho que se hagan de él los buriles y tijeras capaces de cortar la fundición, el hierro y los otros aceros; los fuertes punzones, las matrices para estampar, los yunques, los cilindros de laminar, los muelles de los wagones, los ejes y llantas de las ruedas, las varillas de los émbolos, las planchas para el blindaje de los buques, etcétera.

Por otra parte, como es también el fundido el acero que toma mejor pulimento, se le emplea con preferencia para la cuchillería fina, la bisutería de acero, los instrumentos de cirugía, los muelles de los relojes, etc.

Durante mucho tiempo no se ha podido fundir más que 20 kilogramos de una vez, lo cual llevaba consigo el inconveniente de gastar una exagerada proporción de combustible; pero ya se ha conseguido fundir hasta lingotes de 25.000 kilogramos.

En otro artículo terminaremos de dar á conocer las más importantes variedades de acero, y el curso que han seguido hasta llegar á su actual perfección los métodos modernos de fabricación.

Observatorio cronométrico de Besançon.—Esta ciudad francesa es el centro de la fabricación de relojes en la vecina República, y celosa las autoridades de la localidad, el Estado y los primeros contribuyentes, de que el prestigio de dicha industria continúe aumentando, han tenido el feliz acuerdo de crear un Observatorio donde con exactitud matemática se fije la hora astronómica, y además puedan corregirse y comprobarse con todo rigor los cronómetros que se construyen en aquella importante población.

Por otra parte, el nuevo establecimiento será el ideal científico de un taller de relojería, y al mismo tiempo á su amparo se irá formando un museo de cuantas perfecciones atesora este arte prodigioso.

Hé aquí los elementos que se acumulan para esta patriótica empresa:

El Ayuntamiento cede el terreno y 200.000 francos, y el Gobierno los instrumentos necesarios, presupuestados en 100.000 francos.

De este modo, procurando medios de progreso á sus administrados, entienden los próceres de allende el Pirineo que se sirve á los intereses generales de la patria, y, por consiguiente, de la civilización, dado el estímulo que causará tal conducta en los demás pueblos de la tierra.

Aumento de la fuerza expansiva de la pólvora.—Facilita la más perfecta combustión de la pólvora, el que los granos no se hallen intimamente en contacto, sino que resulte algún espacio intermedio, para que se desarrolle el mayor volumen de gases al inflamarse la pólvora, y éstos ejerzan el máximo de fuerza de proyección. Este objeto lo llena la adición á la pólvora de caza, de una cantidad de cal viva recién calcinada, reducida á polvo fino, no excediendo el peso de la cal la cuarta parte del de la pólvora. Se mezcla bien el compuesto, hasta que se presente de un color uniforme, y resulta esta pólvora con una tercera parte más de fuerza expansiva que la pura.

En el sitio de Belfort (1870), la artillería, para aumentar la fuerza de proyección de la pólvora, y en su consecuencia al alcance del tiro, incorporó á la pólvora serrín de madera, pero esta sustancia no debe emplearse cuando se trata de escopetas, porque luego se ensucian con los residuos de la combustión del serrín.

Metalización de las maderas.—El *Cosmos Les Mondes* describe un procedimiento bastante ingenioso, ideado por M. Rubennsek, para metalizar las maderas.

Se empieza por tratar la madera con una lejía de sosa cáustica, en cuyo baño se deja durante tres ó cuatro días, según el grado de permeabilidad del leño, á una temperatura de 75 á 90°. Luego se pasa la madera á un baño de sulfhidrato de cal, al cual se añade, después de veinticuatro ó treinta y seis horas, una solución concentrada de azufre en sosa cáustica. La duración de este baño debe ser de unas cuarenta y ocho horas y á la temperatura de 35 á 50°. Por fin, durante treinta á cincuenta horas se sumerge

la madera en una solución caliente de 35 á 50° de acetato de plomo.

El procedimiento, como se ve, es algo largo, pero los efectos son sorprendentes. La madera así preparada, y después de desecarla á una temperatura moderada, adquiere con un bruñidor de leño duro un hermoso pulimento y un lustre metálico brillante. Este lustre se aumenta si se frota previamente la superficie de la madera con placas de plomo, ó de estaño ó de zinc, y además pulimentándolo en seguida con un bruñidor de vidrio ó de porcelana. Se consigue de este modo que la madera tome el aspecto de un espejo metálico, muy sólido y resistente.

Cuero artificial fabricado con los desechos del cuero.—Se fabrica en Alemania un cuero artificial, compuesto de los desechos del cuero, mezclados con un diez por ciento de nervios, y prensado todo de manera que se formen hojas como las del cartón.

Las dos materias se preparan por separado: los trozos de cuero se lavan y cortan y se les hace hervir en una lejía alcalina, desgarrándolos en seguida, neutralizándolos con ácido clorhídrico, y lavándolos, por último, para hacer desaparecer todo vestigio de ácido.

Los nervios se tratan del mismo modo, pero se mantienen en un baño ácido, hasta que alcance la consistencia de la cola.

Una vez dispuestas las materias como queda dicho, se mezclan y se prensan para formar las hojas que hemos indicado, humedeciendo las dos caras de las expresadas hojas con una solución concentrada de alumbre.

Además, y como complemento de la operación, se cubre una de las caras de las hojas con una delgada capa de un betún compuesto de cauchout disuelto en una solución de cloroformo, con cuyo betún se le da toda la apariencia del cuero.

Mescla frigorífica para hacer hielo fácilmente.—En esta época de calor es muy conveniente proporcionarse hielo de una manera rápida y económica.

Se toma una vasija cilíndrica de gres, que puede ser un tarro de los que se emplean para guardar dulces; se vierten en él 57 gramos de ácido sulfúrico, más 33 de agua, teniendo cuidado de añadir el agua poco á poco y agitando. A esta mezcla se añaden 140 gramos de sulfato de sosa en polvo.

Dentro de esta vasija se introduce otra más estrecha, llena de agua pura, y se cubre todo con una tapadera de madera y una tela de lana.

Al cuarto de hora se congelará el agua y podrá sacarse el cilindro de hielo formado.

Se vuelve á echar agua en seguida en la vasija interior, y se tendrá un segundo pedazo de hielo.

Es necesario operar en un sitio fresco, tal como en una cueva, ó en una habitación baja.

TIPOGRAFÍA GUTENBERG, á cargo de M. Salamanqués, Villalar, 5

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo treinta y seis grandes columnas de texto, perfectamente impresas ó intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole, que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.—HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.—FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.

Ayuntamiento de Madrid